



SS

SERVICIO
SECRETO

DONALD CURTIS

"BLUES" PARA EL MUERTO

Un creciente suspense llena las páginas de esta novela policíaca, centrada en el mundo de la música, y ambientada en su mayor parte en las tórridas playas de Florida. La suplantación de personalidad, y el secreto oculto de una mujer que se esconde temerosa del peligro que amenaza su vida, son los principales ejes de la oscura trama que el autor teje con buen pulso en torno a los angustiados protagonistas.



Donald Curtis

«*Blues*» para el muerto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 579

ePub r1.0

Lds 28.08.17

Título original: *«Blues» para el muerto*

Donald Curtis, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

"Blues" para el muerto

1ª. EDICIÓN
SEPTIEMBRE - 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

"BLUES"
para
el MUERTO
por
DONALD CURTIS



PRÓLOGO

—A petición, interpretamos ahora «Manhattan blues».

Empezaron a tocar. Algunos bailaban. Otros reían, hablaban o bebían. Pocos escuchaban. Nunca escuchaban.

—¡Estúpidos! —rezongó Dan entre dientes. Pulsó la guitarra eléctrica casi con rabia—. ¿Para qué pedirán nada, si ni siquiera atienden?

—Toca y guárdate los comentarios, Dan —respondió desde su piano Alfred Harding, el «Gran Harding», según los afiches—. Pueden oírte.

—¿Oírme? Ni siquiera escuchan la música. ¿Cómo van a oírme a mí?

—A pesar de todo, cállate —repitió con dureza Harding.

Dan iba a contestar. Pero no lo hizo. Quizá porque le distrajo la risa estridente de una muchacha que había caído en el suelo, con las piernas por alto y la falda a la altura de las caderas. Se rompió la copa que llevaba. Un grupo de jovenzuelos que acompañaban a la chica, rieron también.

Harding no se inmutó. Sonreía. Él sonreía siempre. Dan detestaba la falsedad de aquella mueca. En el fondo, Harding estaba asqueado de todo aquello. Pero sonreía. Formaba parte de su trabajo.

Así era él. De esa clase de tipos que pueden fingir una amistad, una alegría o una pena, sin sentir nada de todo eso. Dan se preguntaba, a veces, si realmente podía sentir algo humano aquel hombre.

Los «Manhattan Blues» terminaron. Hubo aplausos. Dan se preguntó qué era lo que aplaudían. Las escasas parejas que habían discurrido por la boite, a lo que menos atendieron, en su baile, fue a

la música. Ellas vestían trajes ceñidos, faldas abiertas a un lado, descotes profundos. Eso era lo que contaba allí. Lo demás, era el relleno, lo secundario.

Harding anunció, con su sonrisa de siempre, que terminarían su actuación con un número propio: «Cuerdas azules». El número era bonito. Pero Harding jamás lo había escrito. Era incapaz de eso. Dan sabía que lo había comprado a un pobre diablo. Le dio unos dólares por él. Ahora, era suyo. Cobraba sus derechos y se enorgullecía de presentarlo al público. Así era Alfred Harding.

La chica se había levantado del suelo pero la falda parecía empeñada en seguir igual. Se había enganchado en una prenda interior. La gente reía con el incidente. Y ella también. Tardó lo más que pudo en bajarla hasta su normal posición.

Dan respiró con fuerza. No era un puritano. Pero aquel ambiente daba náuseas. Olía a cosméticos baratos, a sudor, a alcohol y a vicio. Un mal olor para cualquiera que ambicione otra cosa. Y Dan la ambicionaba. La había ambicionado siempre. Algo muy distinto al «Farol Verde» y a su gentuza procaz.

Todo termina, sin embargo. Y la noche acabó. Al menos, la noche en «El Farol Verde». Recogieron sus instrumentos entre aplausos tibios. Dan desenchufó su guitarra del amplificador eléctrico. Guardó los objetos de su instrumento, y echó a andar hacia el camerino, tras las cortinas verdes que formaban el foro de la plataforma destinada a la orquestina.

Harding no se había quitado siquiera el *smoking* dorado. Le estaba esperando.

—Te dije que no hicieras comentarios, Dan —dijo Harding con voz irritada. Ahora no se molestaba en sonreír. Ya no tenía público—. Y creo que no era la primera vez.

—Está bien, ya te oí. Perdona, Harding. Pero esa gente me asquea.

—Guárdate para ti tus gustos y opiniones. En mí agrupación, soy yo quien decide. Aquí se trabaja. Y se cobra bien. No quiero perder el sitio por culpa tuya.

—Habrá lugares mejores en el país, supongo.

—A mí no me interesan esos otros lugares. Me interesa éste. Y lo conservaré, Dan. De aquí en adelante, cierra el pico. Y sonríe a la gente. O lárgate con otro que te aguante. Aquí, el que manda soy

yo.

—Escucha, Harding. Soy músico. Trabajo, y cobro por ello. No tengo necesidad de ser servil con la gente.

—¡Harás lo que yo te mande, Dan! —rugió Harding, con ira—. ¡Sabes que puedo despedirte, y eso no te conviene! ¡Estamos en plena temporada, y todas las orquestinas se formaron ya! Iba a costarte encontrar trabajo... y no creo que estés en condiciones de esperar...

Dan apretó los labios. Entornando los ojos, fijos en Harding, replicó:

—Muy bien, Harding. Me tienes cogido, como vulgarmente se dice. Te pedí perdón. Creo que eso zanja el incidente, ¿no crees?

—Lo que yo crea, es cosa mía. No quiero indisciplinas en mi agrupación, Dan. Es posible que para tu pretendida calidad musical, «El Farol Verde» te parezca un sitio deleznable. Incluso admito que lo sea. Pero tú comes gracias al «Farol Verde». Y gracias a papá Harding, ¿entendido?

—Lo he entendido perfectamente, Harding —la voz de Dan era fría—. Yo soy el perro, y tú el amo. Me sirves un plato de comida, o de bazofia. Yo, te debo gratitud. Un ladrido a cada hora. Y, de vez en cuando, lamer la mano que me da de comer. Sólo que has confundido la especie. ¡Yo no soy un perro! Y tampoco soy un rastrero. Mientras cumpla con mi obligación ahí afuera, tocando música ramplona y sincopada para esa pandilla nauseabunda, no puedes exigirme más. Si los demás te lo aceptan, allá ellos. Yo, no.

—Muy bien. Eso es lo que has dicho tú. Respeto las opiniones ajenas. Pero, ante todo, respeto *la mía*. Y mi opinión, ahora, es ésta: no me haces falta. ¡Lárgate, Dan Kervin!

—Eso quiere decir que me despides, ¿no?

—¡Sí! —aulló Harding—. ¡Fuera de aquí!

—Muy bien. —Dan se despojó lentamente de su chaqueta dorada. La tiró a un lado. Ya en mangas de camisa, tiró del lazo rojo de su corbata. Siguió la misma trayectoria de la chaquete—. Eso es todo lo tuyo, Harding. El uniforme de tu agrupación de ruidos más o menos melódicos. Pónselo pronto a otro esclavo que no tenga amor propio. Suerte, amigos.

—¡Vete al infierno! No esperes que te contrate nadie. Me gustaría verte con la guitarra empeñada, comiendo basuras y sin

ropa que ponerte, cerdo —refunfuñó Harding.

Dan se paró en seco. Regresó lentamente, con una sonrisa helada.

—Olvidaba mi guitarra —dijo—. La costumbre de dejarla aquí cada noche, al acabar...

Se inclinó. Cerró el estuche. La tomó consigo. Se encaminó a la salida, en silencio. Harding reía, insultante. Dan apenas si pareció detenerse ante él. Pero cuando lo hizo, un solo segundo, su puño izquierdo se disparó. Lo mismo que un cartucho de dinamita, pareció estallar en su mandíbula.

Harding gimió, tras el seco crujido de sus huesos. Antes de que pudiera rehacerse, un segundo zurdazo, digno de un campeón, se le hincó en el estómago, doblándoselo, como si fuese goma. Retrocedió, tosiendo espasmódicamente, casi sin alientos.

—Esto por llamarme cerdo cuando ya no soy tu esclavo, Harding —avisó Dan—. No admito insultos de nadie. Y tú tienes costumbre de llamar a los demás todo lo que tú eres...

Salió dignamente, cerrando la puerta del camerino de un golpe. Detrás, quedaron Harding y los demás.

Con el estuche de su guitarra eléctrica, Dan Kervin se alejó por el corredor, hacia la puerta posterior de «El Farol Verde», convertido en un hombre cesante, en un músico sin empleo.

Como dijera Harding, no era época fácil para contratarse. Y sobre todo, estando a malas con Harding. Era hombre influyente en el mundillo de los músicos de la ciudad, en la jungla de la melodía moderna. Una jungla que existía, como existen otras. Una jungla, donde los que viven, procuran morderse unos a otros, para alcanzar la tajada del cotidiano vivir. Como en todas las demás.

Dan Kervin no era un hombre pesimista. Esperaba salir adelante. Siempre se sale adelante. De un modo o de otro, se sale. Es el modo lo que importa. Y era ese modo, precisamente, el que preocupaba a Dan.

En la calle hacía mucho calor; el pegajoso y denso calor de Nueva York; de su atmósfera de húmedo horno, en las calles encerradas por el cemento de los rascacielos.

Echó a andar, calle arriba. Estaba pensando en Richard. ¿Qué diría él cuando supiera que le habían despedido por su rebeldía habitual? Siempre le había dicho que debía de ser un hombre

disciplinado, armado de resignación y de tolerancia, si quería en realidad vivir de su profesión, ser un músico con trabajo y contrato fijos. Sólo que él, por desgracia, no era capaz de confundir la tolerancia y la resignación, con la humildad casi abyecta de otros muchos.

Por eso estaba sin trabajo. Por eso volvía, vencido, a su alojamiento. Al apartamento de la Calle Sesenta y Siete, arrendado en compañía de Richard. Ambos eran músicos, ambos tenían muchas cosas en común. Sólo que Richard no necesitaba trabajar para vivir. Al menos, no trabajaba en un sucio garito como «El Farol Verde», ni cosa parecida. Richard tenía imaginación, espíritu creador. Su parcial parálisis, que le impedía tocar la guitarra eléctrica, como el propio Dan, en cualquier club nocturno o boite, no era para él un problema, ya que se dedicaba a componer melodías, a escribir partituras y todo eso. Así se ganaba Richard la vida. Ojalá él supiera hacer lo mismo.

Cierto que Richard ni siquiera escribía por sí mismo esas partituras. El no era zurdo, y su mano derecha estaba totalmente inmóvil. Pero era capaz, con los torpes dedos de su izquierda, de ir marcando la melodía, que luego otro se cuidaba de pasar al papel pautado. Y ese otro, naturalmente, era él. Dan Kervin. Richard le concedía ese medio de ganar algún otro dinero.

Su compañero Richard no necesitaba tampoco el dinero urgentemente. Disponía de ahorros, de un pequeño capital propio. Y le gustaba ayudar a los demás, ser bueno y útil con los demás.

Apreciaba a Richard King. Era un excelente muchacho. Tenía sus rarezas, como aquella de amar solamente a alguien a quien conocía por correo; a una mujer a la que jamás había visto en su vida. A la que ni siquiera había escrito por sí mismo, sino a través de otro. Y ese otro, naturalmente... ¿quién podía ser, sino el propio Dan Kervin, su compañero de alojamiento?

Pero en la vida íntima de las personas, en sus debilidades o grandezas, Dan no era amigo de mezclarse. Allá Richard con sus problemas, sus ilusiones y sus esperanzas. El decía que había doctores que le habían prometido volverle la vida, la normalidad, a su paralizado brazo derecho. Dan lo dudaba. La «polio» dejaba rastros así de dolorosos y terribles tras de sí.

Sin embargo, sus palabras siempre eran las mismas para

Richard:

—Claro que te curarás, no lo dudes. Estoy bien seguro de que volverás a ser el que eras. Y no tardarás mucho...

A veces, se preguntaba si sus mentiras, sus engaños, pronunciados con repugnancia interior, pero también con la mejor intención del mundo, darían el resultado apetecido. Incluso si serían dignos de ser dichos a una persona de la sensibilidad e inteligencia aguda y vibrátil de Richard King.

El se quedaba con la mirada triste de sus ojos claros clavada en el aire, en un punto imaginario a espaldas de Dan. Miraba tras sus oscuras gafas, de vidrios azulados, con las que parecía rehuir el contacto directo, la visión clara y cruda de un mundo que le asustaba e irritaba un poco. Y asentía con la rubia cabeza, declarando lentamente:

—Sí, claro que me curaré. Yo sé que me curaré un día, Dan, amigo...

Y siempre quedaba la misma duda, mordiendo el interior de Kervin. ¿Esperaba realmente curarse? ¿O el significado oscuro e incierto de sus palabras, iba más allá de lo expresado verbalmente?

Dejó de pensar. Respiró hondo. Ya estaba en la estación del elevado. El último tren del servicio nocturno había pasado dos horas antes. Ahora, sería el primero de la mañana el que le recogiera, camino de su casa.

Pasó al andén por la puerta automática. Suspiró, paseando por la amplia longitud del mismo, en espera del tren matinal. Una negra, gorda y resoplante, entró tras él, y se detuvo algo más allá. Sus ropas livianas se adherían a sus carnes opulentas y recias.

Poco después, fue un hombrecillo de sombrero claro con banda verde, el que entró, silbando descuidadamente una tonada de moda: «Verdes campiñas». Se detuvo en un extremo del andén, empezando a atarse el cordón de unos zapatos muy claros y extremados, con ribetes blancos y aspecto de mocasín indio.

En la distancia, rugió el tren elevado. Las vías vibraron, al pie del andén. La negra resopló de nuevo, y el hombrecillo de los zapatos de mocasín, se irguió, sin dejar de silbar, aunque el cordón de su zapato continuaba mal anudado, y colgaba lamentablemente, arrastrándose por el suelo del andén.

Se detuvo el elevado ante ellos. Cada cual entró por su puerta

más próxima. El vehículo urbano iba casi vacío. «Como siempre a estas horas», pensó Dan con un suspiro, dejando el estuche de su guitarra en un rincón y acomodándose bajo un anuncio procaz de prendas interiores femeninas.

El elevado emprendió la carrera a través de la ciudad, de sus altos puentes y pasos de estructura metálica, que vibraban, estrepitosos, y hacían vibrar a miles de viviendas situadas a su paso. Algunas de esas viviendas, tenían ya sus luces encendidas. Otras, ni siquiera las habrían apagado aún. Unos madrugaban, en plena noche aún, para ir a su trabajo. Otros, se acostaban ahora, al regreso de la nocturna tarea. Era la sinfonía eterna de toda gran ciudad. Su canto diario, en el que unas vidas se fundían con otras, en que unos sueños suplían a los que habían cesado... El ritmo monocorde y angustioso de la urbe, cuyo patético latido pasaba desapercibido para todos. Para él mismo, incluso, excepto cuando no se erigía en observador, en auténtico espectador del ajeno frenesí de vivir, de luchar, de trabajar...

* * *

Sus pensamientos habían terminado. Dan frenó las reflexiones, se incorporó y avanzó rápido hacia la salida del vagón. Pisó el andén.

Cerróse la puerta de nuevo a sus espaldas. El gusano de luz y metal del elevado empezó a trepidar, al alejarse. Desfilaron sus rectángulos de luz, como lívidos focos rápidos, sobre él y sobre el andén desierto, en el que nadie había bajado.

Descendió Dan al nivel, de la calle, por las escaleras del tren elevado. Ante él, en la ancha y desierta vía, solamente las luces del alumbrado callejero y la puerta del

«Joey's»,
ofrecían unas salpicaduras de vida.

Joey abría siempre muy pronto. Los trabajadores y los que trasnochaban, se confundían por igual en su establecimiento, ante el mostrador sobre el que emergía la faz somnolienta de su dueño.

Dan era uno de sus habituales clientes Entró, sentóse ante la barra, saludando perezosamente a los que acababan de levantarse, y a los que se iban a acostar. Como cada noche, todos le

respondieron.

—Un *whisky* doble, como siempre, Joey —pidió.

—Sí, Dan —asintió el barman, sonriente—. ¿Cansado?

—Un poco. Como siempre también.

Alguien pasó ahora frente al bar de Joey. Antes de cruzar por completo su puerta, se detuvo ante ella. Dan, sintiendo la rara impresión de que unos ojos penetrantes se clavaban en su nuca, giró la cabeza. Oteó la calle. Ya no había nadie. La figura del hombre, en la noche, había terminado de perderse en un extremo de la abertura asomada a la calle.

Dan se encogió de hombros. Algún transeúnte, un borracho o un vagabundo. Eran las tres especies habituales en la madrugada, de la Calle Sesenta y Siete.

Volvió la atención a su vaso de *whisky*, recién servido. Olvidó al hombre de la calle, olvidó su rara impresión.

No supo, no pudo saber entonces, que un destino siniestro y amenazador acababa de rozarle con un aleteo sutil. No podía sospechar aún que su propia suerte futura pasó, junto con aquella sombra humana, por la acera de la Calle Sesenta y Siete.

Eso pertenecía al porvenir. Y el porvenir, ningún ser viviente puede jamás predecirlo.

CAPÍTULO PRIMERO

Richard debía de estar trabajando aún.

Su alcoba, en el apartamento alquilado por los dos hombres, aún tenía luz. Dan suspiró, siguiendo adelante hacia su propio dormitorio. Siempre ocurría igual.

Era un hombre demasiado trabajador. Tal vez hiciera bien. Lo febril de su labor, imaginando melodías, o trabajando con la guitarra eléctrica sobre lo ya escrito, a base de inseguros rasgueos de su mano zurda, le hacía olvidar muchas cosas. En primer lugar, su propio infortunio.

Dan abrió su puerta; entró, y cerró, tirando la guitarra eléctrica sobre el sofá de rojo tapizado. Luego siguió su americana. Estaba cansado, irritado y sin mucha moral.

Ahora iba a ser difícil encontrar trabajo. El sabía muy bien lo que costaba, en plena temporada veraniega, situarse dentro de cualquier otra orquestina o agrupación melódica. Mal momento era aquél para verse sin empleo.

Sus ojos se detuvieron sobre la mesita donde acostumbraba a escribir, bien fuese música o cartas, en especial para Richard. Música en papel pautado, para darle forma a las melodías imaginadas por Richard King. O cartas para Alma, que firmaba con la D. de «Dick», el diminutivo de Richard, y la K. de su apellido.

A veces, en broma, Richard había dicho, releyendo las cartas:

—¿Has observado una cosa, amigo mío? Si alguna vez quisieras suplantarme ante Alma, no te sería difícil. Tienes las mismas iniciales con que yo firmo mis cartas, que tú escribes... y Alma no sabe siquiera cómo soy yo físicamente, salvo que soy rubio, uso gafas oscuras y no he cumplido treinta años. Algo demasiado vago, ¿no crees?

—¡Eso no cuenta, Dick! —decía siempre Dan—. Lo importante es el espíritu. Y ése, nadie puede suplantarlo.

—No estés tan seguro de ello —insistía, riendo, el músico inválido—. Nunca estés seguro de cosas así, Dan. Te llevarías enormes sorpresas, si llegaras a conocer algunos casos de suplantación realmente notables...

Pero con Dick King nunca se podía estar seguro de nada; ni siquiera de cuando hablaba en serio o en broma. Y Dan lo tomaba a broma.

Contempló con aire abstraído las hojas de papel pautado a medio rellenar de notas musicales, de una sucesión de manchitas negras, de puntitos, líneas y rasgos, que luego se transformaban en ruido melodioso, tenue, melancólico. Como casi toda la música de Dick: lentos ritmos negroides, con remembranzas de Harlem o de Nueva Orleans, espirituales o «*blues*» que hablaban de lamentos y de dolor.

Éstos eran los «*blues*» recién terminados por Dick. El los silbaba, o tocaba en la guitarra eléctrica dificultosamente, dándole apenas la melodía, el motivo musical. Luego, Dan le daba forma, lo adornaba, interpretaba lo que Dick quería, en diversas partituras, instrumentando la melodía.

Aún no era un consagrado. Le reconocían talento, pero eso no lo es todo en el mundo. Dan se decía que existen millones de seres sin talento, consagrados por la casualidad, la estupidez ajena o la falta de escrúpulos propios. King no pertenecía aún a ese orbe excepcional de los que triunfan. Pero podía vivir con sus melodías, aún sin acudir a los *night-clubs* a tocar, como hubiera sido su sueño. Desde que surgió la parálisis, Richard King quedó inútil como intérprete.

Y desde entonces, permaneció semanas enteras sin salir a la calle, encerrado en su alcoba y también en sí mismo. Leyó incluso la sección diaria de los «lonely hearts», o «corazones solitarios». No se resolvió por ninguna de las damas, jóvenes o viejas, desesperadas o románticas, incomprendidas o histéricas, que allí pedían contacto con caballeros también en soledad. Ninguna... hasta que surgió Alma.

Según él, Alma era distinta. Alma era... la criatura capaz de llegar a comprenderle. Le gustaba la música, y muchas cosas más,

que también gustaban a Richard.

Así empezaron a escribirse. Dan sabía de ella tanto como Dick, puesto que él era el encargado de escribir a pluma aquellas cartas, como si fuese el propio Richard. Éste no había tenido valor para explicarle lo que le sucedía, su estado físico actual.

—Más tarde. Un poco más tarde... —decía siempre—. ¿Por qué ahora? ¿Y qué puede importar esto, si espiritualmente nos comprendemos?

—Por eso mismo, Dick..., deberías decírselo. Si te enamoras de esa muchacha... y ella de ti..., sin conoceros, luego todo va a ser mucho más difícil.

—¡Bah! ¡Enamorarnos! —E incluso se irritaba con exceso, para ser una simple sugestión. Agitaba sus manos largas y sensitivas, en las que la rigidez de la diestra era evidente, y añadía con tono excitado—: ¡No se trata de eso, Dan! Son..., son ideas vulgares. No me comprendes. Ni comprenderías a Alma jamás.

Lo cierto es que él tampoco lo intentó. Pacientemente, por afecto al compañero, le escribía las cartas, al dictado de lo que la mente rápida y aguda de Richard iba expresando en palabras. Luego, entusiasmado, Richard le leía las respuestas de Alma.

Suspiró, pensando en todas esas cosas. El suyo era un papel absurdo. Posiblemente ahora se terminara todo. Lo había hecho por ayudar a Richard. Pero si tenía que desplazarse fuera de la ciudad, para actuar en alguna orquestina de tercera categoría, si tenía la suerte de encontrar una vacante, ¿quién haría todo eso por Dick? Posiblemente nadie.

Frunció el ceño. Sí, iba a ser muy difícil explicarle a Dick lo sucedido, y tratar de que no sufriera una decepción:

—Se lo malo de hablar o escribir a través de otro —comentó Dan para sí apartando de un manotazo los papeles pautados—. La idea debió de inspirársela «Cyrano de Bergerac»^[1]. Pero debió de recordar que Roxana se enamoró en realidad de «Cyrano», al declarar su amor a Christian...

Fumó nerviosamente, y terminó por aplastar el cigarrillo. No tenía ganas de hacer nada. Y mucho menos, trabajar. A pesar de que había prometido a Dick tener terminada la parte de piano y guitarra eléctrica de los últimos «blues»; unos «blues» de gran calidad y melodía; una pieza llena de sensibilidad, dulzura y melancolía. Sin

título aún. Iban a ser un regalo para Alma. Dick había dicho que aquellos «*blues*» estaban escritos para Alma. Y que nadie, sino ella misma, los conocería y los tocaría. Alma también sabía tocar la guitarra. Era otro de sus puntos de contacto con Dick.

Después de lo ocurrido con Harding, no se sentía capaz de escribir nada. Era mejor tratar de descansar, olvidar en lo posible...

Tenía sed. En la nevera había botellas de leche y latas de cerveza. Tal vez sería mejor la leche fría, en su actual estado. Salió de la estancia, se encaminó a la cocina y abrió la nevera. En la alcoba de Dick, la luz seguía brillando. Acaso se había dormido con la lámpara encendida.

Pero un momento después supo que no era así. Estaba llenando un alto vaso de leche cuando oyó el seco rasgueo de la guitarra eléctrica de Dick. Sólo una vibración brusca de cuerdas. Y de nuevo el silencio.

Aguzó el oído, extrañado. Pero no volvió a oír nada, Encogióse de hombros, dirigiéndose a su alcoba, con el vaso de leche en la mano.

De repente, se detuvo, cerca ya de la puerta de su habitación. Un nuevo sonido le había llegado del cuarto de Dick. No era de la guitarra ahora. Algo de vidrio se había quebrado en el suelo, con un seco estampido.

Echó a correr, sin importarle el hecho de que vertía la leche por el camino. Dejó el vaso sobre la mesa del gabinete, y se detuvo ante la puerta de la alcoba de Dick. Llamó, preocupado, en voz alta:

—¡Dick! ¿Estás bien? ¡Dick, contesta! ¿Ocurre algo?

No le llegó respuesta alguna. Escuchando atentamente, le pareció oír un jadeo, un leve rumor a ras del suelo. Ya no vaciló más. Probó el tirador de la puerta; y ésta cedió, abriéndose sin dificultad.

Dan entró en la estancia, y en el acto lanzó una imprecación. Precipitóse con rapidez hacia el lugar donde estaba Richard King.

Yacía en el suelo, junto a su guitarra eléctrica, y una figura modelada en cristal azul se había destrozado, al encogerse la alfombra, haciendo oscilar un mueble. La mano zurda de Dick, aferrada con rabia a la alfombra; había sido sin duda la autora de tal acción, encaminada sin duda a llamar la atención de Dan hacia allí.

Boqueaba, sin poder hablar, y en principio, Dan pensó que sufría un nuevo ataque de parálisis, más intenso que el anterior. Se inclinó sobre él, le alzó, apoyándole en su brazo la cabeza para atenderle mejor... y entonces advirtió que su mano y la manga de su camisa, se estaban empapando de rojo.

Dick tenía la espalda totalmente bañada en sangre. Sangre que cubría sus ropas, la alfombra, absolutamente todo. Pero que el cuerpo de Dick había ocultado hasta entonces a los ojos de Dan.

Dan miró rápidamente el rostro de King, intensamente pálido y crispado. Tenía sus ojos entrecerrados, vidriosos, y la boca contraída. Ahora sí advertía que, por la comisura de sus labios, empezaba a escapar un delgado hilo rojo.

—¡Dick! ¡Dick! —gritó roncamente—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa esto?

No parecía estar en condiciones muy propicias para responderle. Pero lo hizo, con voz sorda, vacilante, que fluyó de entre sus labios, junto con algunos delgados, débiles ramalazos de sangre:

—Me... me atacó... Yo no podía... esperarlo...

—¿Quién? ¿Quién te atacó? —pidió Dan, con los nervios en tensión.

—Alma... —jadeó el herido—. Alma... no podrá verme...

—¿Alma? ¿Qué tiene ella que ver en esto?

—«Le... le prometí acudir... a verla... Puse... telegrama por teléfono... Iba a ir esta semana..., a conocerla..., y a que ella... me conociese a mí... Pero fue... un error. El... no quiere... que vaya... Me... me atacó... Me atacó... con el cuchillo...».

—Sí, sí, ya veo... —Dan apartó su mirada horrorizada, trémula, de la espalda que un arma cortante había hendido violentamente—. Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dick? ¿Quién pudo...?

Dick King trató de decirlo. Dan le vio agitar sus manos, crispadas en el aire, tratar furiosamente de hacer algo, de intentar algo que le era imposible... Quizá buscar, aferrar al asesino, tal vez agarrarse desesperadamente a la vida misma como un náufrago lo haría con un salvavidas o con una tabla flotando en medio del océano...

Sólo que el empeño de Dick era inútil. La herida de la espalda resultaba mortal. Dan observó su trayectoria de izquierda a derecha: un profundo corte oblicuo, asestado violentamente, en

forma mortal La hoja de acero había llegado a su fondo. Y, con ello, a la muerte de la víctima elegida...

Boqueó Dick angustiosamente, sobre la alfombra en que su cuerpo yacía. Dan sintió el estremecimiento de sus miembros, y luego la repentina rigidez del caído.

—¡Dick! —gritó.

Era ya inútil. Richard King, su compañero de alojamiento, había muerto.

Apoyó los dedos en sus párpados y los oprimió suavemente. Cerráronse éstos. Parecía como si durmiese; sólo que era sobre un charco de sangre, apoyando sus espaldas abiertas en tierra. Espaldas atravesadas por la hoja de acero criminal...

—Dios mío... —jadeó Dan, estremecido—. ¿Cómo es esto posible? ¿Quién pudo hacer una cosa semejante?

Se incorporó lentamente, mirándose las manos enrojecidas. Dio dos pasos, y a punto estuvo de quebrar las gafas oscuras que yacían en el suelo, junto a él. Dick había perdido las gafas en la pugna con su asesino. Dan las recogió de la alfombra, íntegras, tal como cayeron de su rostro.

Con ellas en la mano, contempló al muerto. La faz de Dick parecía diferente al morir; más suave, más tersa, con menos amargura en el gesto... Era como si la muerte dulcificase un poco las facciones del que acoge en su negro, tenebroso seno.

Todo era increíble, inaudito. Todo resultaba anormal, fantástico. ¿Cómo era posible que alguien quisiera matar a un hombre como Dick? ¿Qué motivos podían existir para atacar a un inválido, a un hombre cuya mano derecha está poco menos que inútil, y cuya pierna del mismo lado se mueve con dificultad?

Fantástico, increíble..., pero cierto. Había ocurrido. Dick estaba muerto. Y él era el único que lo sabía. Había llegado tarde. Ahora estaba muerto, y no había absolutamente nada que él pudiera hacer por Dick King.

Mientras se encaminaba al teléfono, para avisar a la policía, recordó algo. Algo extraño, sorprendente, dicho por los labios moribundos de Dick, poco antes: *«Prometí acudir a ver a Alma... esta semana... Pero él no quiere que vaya...»*.

«El no quiere que vaya». ¿Por qué? ¿Y quién era él?

Se volvió. Contempló de nuevo al hombre inmóvil sobre la

alfombra. Luego, su mirada resbaló sobre los muebles y objetos de la estancia, y se clavó en la mesa ante la que acostumbraba a sentarse Dick.

La silla estaba caída en el suelo. No era de ruedas. En realidad, no necesitaba tanto. Podía andar, aunque con dificultad. Era su brazo lo que más inutilizado poseía.

Y esa silla estaba ahora derribada. En la mesa, papeles. Y la pluma. Dick gustaba de ponerse a escribir. Pero aún no tenía la mano zurda lo bastante segura. Escribía horriblemente con ella. Una letra torpe, desigual, a veces ininteligible...

Regresó junto a la mesa. Los papeles estaban en desorden. Eso era algo muy suyo. No se cuidaba jamás de tener las cosas ordenadas. Vio apuntes, notas musicales, trazos inseguros, que ni siquiera llegaban a ser letras o signos.

Pero vio también algo más. Vio un papel escrito, casi oculto por las demás hojas, aunque mostrando un ángulo fuera, en el que leyó: «... go Dan:». Lo extrajo con un tirón enérgico. La frase de principio, casi la había podido leer, aún incompleta:

«Querido amigo Dan:»

Seguía un texto breve, escrito con la misma y desigual letra. La inconfundible letra de Dick:

«Cuando leas esto, me habré marchado. Dan. Te parecerá extraño, pero ya lo tengo todo a punto para salir del país. Voy a ver a Alma. Tengo que verla, sea como sea. Y poner las cosas en claro, revelarle cómo soy yo. Creo que, a pesar de todo, me querrá igual. Nos casaremos nada más llegar, si ella me sigue amando cuando sepa cómo soy.

»He mantenido oculta esta idea; incluso a ti, amigo mío, a quien lo debo todo. Creo que es preferible así. Ahora, ya no importa decirlo, porque cuando tú lo sepas por estas líneas, ya no tendrás tiempo de retenerme.

»Pero me he enterado de algo. Algo relacionado con

Alma, que puede dificultar las cosas. No sé por qué, creo que es peligroso amar a esa chica. Pero creo también, por la misma razón, que a ella le haría mucho bien que yo acudiese allí. Tal vez todavía hay tiempo de evitar muchas cosas...

»En fin, Dan; gracias por todo, y hasta siempre. Ya nos veremos. Y, de todos modos, sabrás pronto de mí.

*«Tu amigo,
Dick».*

Una carta extraña la de Dick King; muy extraña; casi tanto como su muerte. Según él, amar a Alma era peligroso. Y al parecer, ese temor era cierto. Era peligroso amarla. O, al menos, no traía buena suerte. El hombre que la amó, había muerto.

Vaciló unos momentos. Tenía que llamar a la policía. Pero también tenía que hacer otras cosas antes de ello. Vio la americana beige de Dick colgada del respaldo de una silla. Avanzó hacia ella.

Rebuscó en sus bolsillos, con ciertos escrúpulos. A pesar de que Dick fuese su amigo y hubiese muerto, siempre resultaba poco fácil y grato revisar las pertenencias de un hombre que ahora yacía sin vida, a poca distancia suya.

Dominó esos escrúpulos y revisó el contenido de los bolsillos. Había dinero en abundancia, en un billetero. Contó hasta diez billetes de cien dólares, once billetes de veinte, ocho de cinco y seis de uno. También llevaba un talonario de cheques, y todos firmados previamente, con una rara, retorcida firma. Los cheques, en blanco, podían ser cubiertos con cualquier cantidad, y presentados al cobro sin que nadie sospechara... en tanto no se supiera que Richard King, su titular, había muerto.

Encontró algo más. Una agenda con escasas anotaciones, borrosas e ilegibles la mayoría, y solamente una dirección que le era familiar, en letra igualmente tosca:

«Alma Lambert.

Punta Arenas, 113 El Promontorio Florida».

¿Qué sabía él sobre Alma? Absolutamente nada. Tampoco Dick lo supo nunca. Al menos, por sus cartas. En la correspondencia, ninguno de ellos había llevado sus confidencias al extremo de mencionar datos como el de Su posición social, su aspecto físico o su habitual medio de vida. Alma, solamente sabía de Dick que era músico, que amaba la música, en especial los «*blues*», y que era un hombre espiritual e inseguro; una rara mezcla de inteligencia e indecisión, de mentalidad aguda y de espíritu incierto.

Dick había muerto ahora. Dan se mantuvo indeciso, con su talonario de cheques, con su billetero y todo lo demás entre los dedos. Contempló un billete de avión, a nombre de Richard King, con destino a Miami, Florida. Era un avión del día siguiente, a las tres de la tarde.

Dan lo agitó, pensativo, mientras reflexionaba sobre la intención de Dick, que no había llegado a realizar su afán de volar a Florida, de ver a Alma, la mujer a quien sólo conocía por carta.

Alma, que jamás conocería la horrible suerte corrida por el hombre que la escribiera desde Nueva York, bajo las iniciales de D. K.

D. K...

Fue como un repentino golpetazo en su mente. ¡D. K.!

Él había observado otras veces la coincidencia en iniciales. Pero jamás le dio la menor importancia. Las cartas de Alma iban al buzón de una sección de «Corazones solitarios», de Broadway, de donde le era remitido el correo a Dick. Para ella, él era solamente eso: dos iniciales. La timidez, los complejos e incertidumbres de Dick, habían llevado a tal extremo el guardar su incógnito.

Miró hacia el muerto. Su mirada postrera, antes de morir, había sido como un mudo mensaje. Algo así como una demanda desesperada. La del hombre que, sin afectos ni ilusiones, centra de pronto todo su ser y su pensamiento en un objeto: en Alma, en esta ocasión.

Era como pedirle: «Yo desaparezco... Han terminado conmigo... Pero quedas tú...».

Y luego, la carta reveladora, con la frase obsesiva, que martilleaba una y otra vez la mente de Dan: «Es peligroso amar a esa muchacha»...

Peligroso... ¡PELIGROSO!

Pero peligroso... ¿en qué sentido? ¿En qué...?

Solamente había un medio de averiguarlo: llegar hasta Alma.

¡Llegar hasta Alma! ¿Por qué se le ocurría semejante idea; por qué, si él nada tenía en relación con ella?

Miró de nuevo a Dick King, muerto en el suelo de su apartamento. Asesinado por un desconocido... Si al menos supiera por quién. Y supiera los motivos... Era absurdo matar a un músico inválido. Era absurdo todo, desde el principio al fin...

Pero había sucedido. Alguien entró en el apartamento, atacó a Dick, le hincó un arma cortante en la espalda...

La explicación de todo aquello podía estar en Florida. El prometió acudir allí, y alguien no había querido que eso fuese realidad. Existía un interés en que Dick no fuese nunca a Florida, al encuentro de Alma Lambert. Y ese interés se había materializado en una acción súbita y violenta:

¡Asesinato!

Se quedó contemplando las gafas oscuras. Luego, miró el cuerpo del muerto.

La idea, la extraña e inquietante idea, creció más y más en su mente...

Tal vez fuera posible. Tal vez...

CAPÍTULO II

El automóvil amarillo y blanco se detuvo ante el indicador de carreteras. Su conductor asomó la cabeza por la ventanilla del coche. Leyó el tablero:

«ESTA ENTRANDO VD. EN EL PROMONTORIO. A PALM BEACH, 35
MILLAS. A MIAMI, 107 MILL».

Volvió a accionar el volante. Aceleró, al virar por la ruta de El Promontorio, a la derecha de la pista costera que bordea el Atlántico y sigue hacia los Cayos, formando la *Atlantic Road* de Florida.

En la distancia, no lejos de él y de la ancha cinta asfaltada, chirriaban las gaviotas, sobrevolando el apacible mar, entre promontorios, calas y playas. El aire era apacible, cálido, aunque un ligero viento agitaba las zonas arenosas y ondulaba los terrenos herbosos, entre los que se elevaban las palmeras, como un orgullo turístico de la dorada y hermosa Florida.

Los ojos del hombre, tras las gafas oscuras, iban oteando el lugar, en busca del punto preciso para detener su vehículo. Pasó ante una hilera de hotelitos y residencias playeras, que no le invitaron en absoluto a frenar. A pesar de que un grupo de muchachas se tostaban, con precarios bikinis, junto a una pileta de azuladas aguas y baldosas color *beige*, salpicadas de rendijas de hierba, en una residencia cuyas cercas eran de tablas muy separadas y poco altas, tampoco se sintió tentado a reducir la marcha para contemplar a las damas, pese a su generosa exhibición de piel bronceada.

Siguió adelante, cruzó ante un hotel y unos *bungalows* con el

cartel de «Se alquila», colgado aún en sitio bien visible, a pesar de la graciosa arquitectura y confortable apariencia de las edificaciones, y llegó por fin a lo que, sin duda, era la población propiamente dicha, para los ocupantes del lugar.

El Promontorio se limitaba a ser una ancha calle, cuya calzada era la carretera misma, hasta morir en la arena y las rocas, al borde del mar, con edificios bajos y luminosos, con su inevitable hotel, su restaurante, sus dos o tres surtidores de gasolina, y su agrupación de palmeras, no lejos de la playa.

El automóvil de colores amarillo y blanco continuó adelante, hasta detenerse en el cruce entre aquella especie de Calle Mayor y carretera y otra calle transversal, mucho menos amplia e importante. Un agente de tráfico guardaba el cruce, y a él se dirigió el automovilista, con acento amable:

—Por favor, ¿podría decirme cómo puedo llegar a Punta Arenas?

El policía se volvió; saludó respetuosamente y asintió.

—Por supuesto, señor —respondió—. No necesita más que seguir esta misma calle hasta su final. Encontrará la playa ante usted, y un sendero que cruza, transversalmente. Gire a la izquierda y siga adelante. Se encontrará con una pendiente a menos de media milla. Ascienda, y encontrará allí Punta Arenas.

—Gracias.

Agitó su mano el conductor, y siguió adelante. Su moderno y ligero automóvil, se alejó silenciosamente, giró al final de la calle, frente al blanco edificio de una Sociedad Marítima, y se perdió por el sendero indicado, hacia Punta Arenas.

Casi inmediatamente después, la puerta de un bar-restaurant, situado junto a la sociedad marítima, se abrió, apareciendo en su dintel un hombre de traje blanco, sombrero tropical, en color crema, y amplias gafas de sol preservando sus ojos de la luminosidad de Florida.

Contempló al automóvil, que se perdía en la distancia. Frunció el ceño, pensativo. Luego, regresó al interior del establecimiento, lo cruzó con rapidez, y entró en la cabina telefónica.

Al levantar el auricular, la voz monocorde de la encargada de la centralilla rural le pidió número. El hombre se lo dio. Ella hizo la conexión. Y tras unos momentos de espera, la voz de otra persona

resonó en su oído:

—¿Quién llama, por favor? Aquí Longridge, Punta Arenas.

—Oiga, Longridge. Quiero hablar con Elmer Cochran.

—¿De parte de quién, por favor?

—De Beach Acres Limited. Es urgente.

—Espere un momento.

Siguió un silencio, una pausa que acaso duró un par de minutos.

Por fin, la voz de un hombre, hosca y tajante:

—¿Qué hay?

—¿Elmer Cochran? —indagó el del traje blanco.

—Sí. ¿Beach Acres Limited?

—Eso es.

—¿Por qué diablos me llama ahora? Creo haberle dicho que...

—Escuche, Cochran —cortó el otro rápidamente—. Si llamo, es por algo. Hay problemas.

—¿Problemas? ¿Qué clase de ellos?

—Aún no lo sé. Alguien preguntó por Punta Arenas.

—¿Quién?

—No lo sé. Un hombre con un coche amarillo y blanco. Le vi preguntar al agente de tráfico. No sé qué le preguntaría, pero le señaló Punta Arenas. Y hacia Punta Arenas partió él. Pronto llegará ahí.

—Puede ser cualquiera que no venga aquí.

—Claro que puede. Pero me pareció prudente avisar.

—Está bien, lo tendré en cuenta. ¿Vio al conductor del coche?

—Sí.

—¿Cómo era?

—Pelo más bien rubio. Gafas oscuras, de cristales azules. Manos enguantadas.

—¿Enguantadas? Hace mucho calor para eso.

—Pues a pesar de ello, iba enguantado. Parecía joven.

—Bien, eso es suficiente, gracias. Ahora no me importune más, si no es para algo muy importante, ¿entendido?

—Entendido, señor Cochran. Adiós.

Colgó, con una mueca maliciosa. Salió de la cabina, y se detuvo en el mostrador, pidiendo, con tono simple:



—Ponme un doble de ron, Wilby.

—En seguida, señor Hammers —dijo el barman con tono respetuoso.

* * *

Punta Arenas era una zona residencial de El Promontorio, una agrupación de hoteles y *bungalows*, formando apacibles, silenciosas y poco frecuentadas calles, sobre una elevación rocosa, de la que partían dos senderos hacia las arenas de la playa situada al fondo, al

pie mismo de la elevación. Uno de esos senderos, serpenteando entre rocas, descendía suavemente, formando declives muy leves, aunque su tendido, por causa de tantos serpenteos y vueltas, se prolongaba excesivamente.

Para los amantes de las rutas más cortas aunque más incómodas también, el segundo sendero ofrecía la posibilidad de bajar hasta la playa por medio de escalones; muchos escalones, cientos de ellos, en diversos tramos que iban descendiendo de nivel, hasta morir, con un último tramo rocoso, en la propia playa, una cala amplia, en forma de herradura, con ancha faja de arena, rocas a ambos extremos, y rocas, formando arrecifes, no lejos de la suave línea curva del mar, que iba a morir en oleaje tenue, de rizada espuma blanca, junto al dorado arenoso.

El automóvil amarillo y blanco se detuvo frente al número ciento trece.

Correspondía a una edificación de ladrillos rojos, elevándose en medio de un jardín rico en sombras y en vegetación, que cruzaban algunos senderos de arena y piedrecillas. Un tejado de pizarra gris, remataba el edificio de la residencia.

A la puerta, el conductor del automóvil leyó:

«Longridge House. Familia Lambert, propietarios».

El conductor del coche sonrió. El sol intenso y cálido de Florida, espejeó sobre el azul bruñido de sus gafas. Las manos apoyadas en el volante se crisparon ligeramente. Iban enguantadas; en guantes *beige* claros con ribetes marrones. Pero aun así, los guantes eran un objeto anacrónico en el verano cálido de Florida.

Saltó a tierra. Con el motor parado, y en aquella altura, dos sonidos le llegaban mezclados, procedentes de abajo: el rumor del oleaje, y los chillidos ingratos de las gaviotas, siempre revoloteando, como un elemento insustituible del paisaje.

Llegó a la puerta de la vivienda y tiró de un llamador de cadena, que sobresalía del muro de piedras desiguales, agrupadas de una forma tosca premeditada y falsa, pero evidentemente decorativa.

Su tirón hizo campanillear el mecanismo en alguna parte de la casa, inaudible para el visitante. Esperó.

La puerta abrióse. Empezó a caminar, sendero adelante, avanzando hacia, el fresco porche del edificio. Antes de llegar a él,

se abrió una puerta de la casa, y emergió alguien. Una doncella.

Era morena, de cabello oscuro y tez bronceada, quizá por los baños de sol en la playa. Los ojos del visitante, tras las gafas oscuras, estudiaron a la sirvienta. Tenía detalles anatómicos dignos de estudio, bajo el uniforme azul claro y el delantal blanco, muy almidonado. Cualquiera hubiera dicho que salía de la ilustración de una revista frívola. No podía pedirse mayor adaptación del tejido al cuerpo, ni más opulentas líneas que las de aquella doncella.

Peculiar servicio el de los Lambert, pensó para sí el visitante, sin reducir su marcha. Se detuvo por fin.

—¿A quién busca, señor? —preguntó la doncella, cuando le tuvo ante sí.

—A usted, no —respondió el otro—. Y tal vez resulte lamentable. Acháquelo a que nunca la vi antes de ahora...

—¿Es un gracioso o un vendedor? —Se irritó ella, irguiendo la cabeza. Y al hacerlo, no tenía necesidad de hinchar tanto el busto. Pero lo hinchó.

—¿Por qué cree que soy algo de eso?

—Todos hablan igual —le midió fríamente, con ojos glaciales—. De cualquier modo, no reciben a unos ni a otros en esta casa.

—Lo celebro. Eso denota su buen gusto, a pesar de que yo fui vendedor una vez. Pero vendía aspiradores y tocadiscos. Supongo que aquí no hubiera tenido clientela, hijita.

—Me está haciendo perder tiempo. ¿Qué desea?

—Ver a alguien de la casa.

—¿Ha sido anunciada su visita?

—No. Ni hace falta.

—Me temo que le informaron mal. Hace falta —la doncella sonrió, desafiante. Pero desafiaba con otras muchas cosas, sin necesidad de sonreír. Y además, ella lo sabía—. Los señores sólo reciben a quienes se anuncian previamente.

—¿También la señorita Alma? —sonrió el visitante con ironía.

—La señorita Alma no recibe a nadie. No puede recibir a nadie.

—A mí, sí.

—No insista. Si lo que pretende es ver a Alma Lambert, será mejor que renuncie. No le recibirá en modo alguno.

—Muy segura parece.

—Lo estoy. Es orden del médico. Y ella obedecerá.

—¿Orden del médico? ¿Qué quiere decir? —El recién llegado se alteró—. ¿Está enferma?

—En cierto modo..., sí.

—¿Qué significa eso de «en cierto modo, sí»?

—Significa que...

—Es suficiente, Sylvia, gracias —cortó una voz glacial—. Puede retirarse. Yo atenderé a este caballero.

Ella se volvió, un poco sobresaltada. Al mismo tiempo, lo hizo el hombre de las gafas azules.

Vio al individuo erguido en la entrada de la casa, con un «mambo» de vivos colores, flotando por encima de su pantalón color crema, muy claro. El hombre era bajo de estatura, de aspecto severo y firme. Tenía facciones duras, nariz aguileña y ojos estrechos. Su cabello oscuro, ofrecía un mechón blanco en medio, un lunar de cabellos canosos.

Era él quien había hablado. Y, evidentemente, tenía autoridad; porque la doncella de las curvas estupendas dio media vuelta, alejándose sumisa con un débil:

—Como usted ordene, señor Cochran.

Se quedaron contemplándose, los dos hombres con mutua curiosidad. El visitante aventuró, tras un silencio:

—¿Cochran ha dicho? Creí que eran los Lambert *los* dueños de este edificio...

—Y lo son. —Cortó el otro—. Pero yo tengo autoridad para resolver, dentro de esta casa.

—Ya. ¿Es pariente de ellos?

—No. Pero pronto lo seré —soltó una breve risita, y luego indagó—: Bien, ¿y con quién tengo el honor de hablar, si puedo saberlo? Creo que buscaba usted a la señorita Lambert...

—Así es. Yo soy D. K. Bastará que le diga eso. Ella entenderá.

—¿D. K.? —El otro le escudriñó con aire pensativo. Parecía ignorar, en absoluto, todo lo que se refería a aquellas iniciales, o lo fingía muy bien—. ¿Ha dicho D. K.?

—Sí.

—Lo siento, pero no entiendo...

—Mi nombre es Dan Kervin. Para ella, sin embargo, bastará eso. D. K. Y me recibirá, lo sé.

—Ignoro si ella, por su voluntad, le recibiría o no —observó

Cochran gravemente—. Pero ahora no se trata de eso. El médico ha prohibido por completo que nadie la visite. Al parecer, no sería prudente tal cosa. Deben guardarse ciertas precauciones.

—¿Precauciones dice? ¿Qué quiere decir con eso, señor Cochran? ¿Qué dolencia padece la señorita Lambert?

—¿Dolencia? Ninguna. Pero anteayer cayó por el sendero de escalones, hacia la playa. No se mató por puro milagro. Ella asegura que alguien, a su espalda, la empujó. La idea es peregrina, por supuesto. Pero el doctor dice que puede crearle un complejo de terror, y trastornar sus nervios e incluso su mente. Yale más tenerla alejada de todos..., señor D. K. —Cochran sonrió—. ¿Se da cuenta ahora?

—Sí... Y usted ha dicho... que alguien la empujó...

—No, no. Eso lo dice ella. —Cochran hizo un gesto vivaz y escéptico—. Ninguno lo creemos seriamente, ni siquiera el doctor Curtis. Se cayó, y el golpe ha debido de alterar sus nervios y su razonamiento, haciéndole ver lo que no es. ¿Cómo iba a querer nadie hacerle el menor daño?

Un silencio siguió a la pregunta de Cochran, que su visitante se abstuvo de responder en uno u otro sentido. En vez de ello, habló Dan Kervin tras la pausa:

—¿Y... se hizo daño?

—No mucho, al lado de lo que pudo suceder —dijo Cochran, con voz sorda—. Heridas en la pierna, en brazos y nuca... Unos días de cama. Nada grave...

—Pero ¿pudo haberse matado?

—Sí. Pudo haberse matado...

CAPÍTULO III

El doctor Curtis miró fijamente a su visitante. Luego negó despacio con la cabeza.

—No puedo hacer nada, señor; es precisamente orden *mía*.

—Sí, lo sé. Usted ordenó que se aislara a la señorita Lambert de toda visita, de todo contacto exterior. Pero usted es médico, y, como tal, usted sabe que eso no puede ni debe hacerse.

—¿Viene dispuesto a enseñarme mi profesión, señor? —Se irritó el médico.

—Ni mucho menos. Pero es un error pretender ayudar a Alma Lambert con ese sistema. Ella cree que la empujaron. ¿Fue cierto eso?

—Yo no lo sé. Es cosa que no incumbe a un médico. Pudo caer, pudo ser empujada. Pero poco después de caer, su primo llegó allí, atraído por su grito. La recogió, llevándola a la casa. Dice que no vio absolutamente a nadie. Ella tampoco afirma haber visto a nadie. Sólo que la empujaron, que notó la sensación de que «alguien», tras ella, le daba un empujón, lanzándola abajo.

—Y, naturalmente, no la creyeron.

—No. Pero repito que no me incumbe a mí, como médico, opinar.

—Ya. Y sin embargo, opina sobre la conveniencia de que esté aislada.

—Eso sí. Es mi deber velar por su salud. Se excita cuando ve a alguien, casi se cree perseguida. Es justo que la proteja de ese fantasma del miedo, para evitar complicaciones.

—No creo que sea así como la salve de tal complejo. Ella seguirá aferrada a su idea. Yo, doctor, le pido visitarla.

—Imposible, señor. Es firme decisión mía. No puedo hacer

excepciones.

—¿Sabe usted que yo soy D. K.?

El doctor Curtis enarcó sus espesas cejas, con aire de gran perplejidad, y terminó encogiéndose de hombros.

—¿Y bien? —rezongó—. ¿Qué quiere decir eso, señor?

—Para usted, nada. Para Alma, mucho. Debo verla. Le guste a usted o no. Mi presencia puede hacerle mucho bien.

—Lo lamento. No la verá por ahora. Sea usted quien sea.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

—Muy bien —suspiró Dan Kervin—. Me obligará a algo peor. Recurriré a la policía. Denunciaré el caso ocurrido, y solicitaré verla, estar cerca de ella por razones de su propia seguridad.

—Ese melodrama está desplazado, señor. ¿Con qué derecho iba usted a hacer tal cosa?

—Con el que me confiere mi condición de amigo de la señorita Lambert. Es más, nuestras relaciones van más allá de una simple amistad.

—¿Pretende decirme que son ustedes novios?

—En cierto modo..., sí —sonrió fríamente Dan.

El doctor Curtis respiró con fuerza, estrechó los ojos y soltó una dura risa burlona al replicar:

—Márchese, señor. Y otra vez, recurra a un truco más ingenioso. Está usted mintiendo, En El Promontorio, todo el mundo sabe que el Señor Elmer Cochran es el prometido oficial de la señorita Lambert...

* * *

—¿Eso le dijo, doctor?

—Sí. Aseguró ser su novio. Algo incalificable, señor Cochran...

—Por supuesto —aseveró el hombre moreno, del «mambo» de vivos colores, sepultando sus manos en los bolsillos del pantalón, y paseando por la galería poste y empezó a avanzar por el corredor, hacia la puerta que coincidía exactamente con la primera de las ventanas cerradas, a su derecha. Quería ir sobre seguro. Y si estaba en un error, salir de él cuanto antes.

No era un error. Nada más mover la manecilla de la puerta, que

estaba cerrada con llave interiormente, una silla crujió dentro, y unos pasos se arrastraron sobre un suelo de linóleo como el del mismo pasillo. Alguien se detuvo ante la puerta. Una voz de mujer habló:

—Ya voy, ya voy. ¿Es usted, Elmer?

—Sí —asintió rápidamente Dan, sin añadir más.

La cerradura cedió al girar una llave. Empezó a abrirse la puerta. Rápido, Dan penetró como un alud, cerró tras de sí, y antes de que la mujer que le abriera tuviese tiempo de reaccionar, se encontró con la boca tapada por la mano enérgica, firme, del hombre desconocido a quien con terror se enfrentó ahora, dilatando mucho los ojos e incapacitada, por la férrea mordaza humana, de proferir un solo grito.

—No intente ninguna tontería, y nada le sucederá —habló con rapidez Dan. Se volvió haciendo girar de nuevo la llave en sentido inverso. Luego, la guardó en su bolsillo, una vez cerrada la puerta —. Así estaremos mejor. El que nos moleste, tendrá que llamar. A no ser que el lugar tenga puertas secretas, como los viejos de los folletines.

Contempló a la mujer a quien dominaba. Era todo lo contrario de la estupenda Sylvia. Una mujer enjuta pero nervuda, de faz alargada y angulosa, ojos grises, pequeños y duros, y cabello canoso, aunque de matiz muy oscuro. Vestía totalmente de gris. Hubiera sido una buena ama de llaves para un melodrama trasnochado.

En la habitación había cosas más importantes que la mujer en cuestión. Sobre todo, en el lecho. Allí estaba Alma Lambert.

No la había visto jamás, y sin embargo, supo que era Alma. Algo en su interior se lo dijo. Dick King hubiera tenido una gran impresión, de haberle sido posible conocerla. Como ahora la tenía él.

Había esperado una Alma Lambert joven, pero poco atractiva, casi una flor de invernadero, encerrada en las tonterías de la amistad por correspondencia. Viéndola, comprendía que era muy diferente todo. Y que incluso la amistad por carta, podía no ser una tontería.

Tenía aspecto de muchacha desvalida, pero no de heroína de un relato pasado de moda, sino de lo que hoy puede ser una heroína,

joven, muy joven, quizá no mayor de veinte años, Cabello muy rubio, casi dorado, facciones ovaladas, suaves y modernas, con una nariz breve, respingona, realmente graciosa, sobre su boca, muy roja y muy carnosa.

Había estado durmiendo. Durmiendo con un sueño pesado, soporífero, que ahora le hacía tener muy vaga la luminosidad de sus grandes y rasgados ojos verdes. Y aún así expresaba enorme inteligencia cuando los fijó, entre sorprendida y desconcertada, en el intruso que aparecía en su alcoba.

Se miraron los dos un largo rato. Dan observó su brazo izquierdo vendado, sus magulladuras en la sien y la mejilla, la rigidez de una pierna bajo las ropas, pero no apareció el menor síntoma de terror en sus ojos ni en su gesto, cuando le miró abiertamente, perdiendo su somnolencia.

—Hola —saludó con sencillez—. ¿Qué sucede?

Dan empezó a sentirse, sin saber por qué, un poco en ridículo. Pensó si no se habría excedido en su papel de héroe a la antigua usanza. Aquélla no era la anormal reacción de una dama a la que se pretende salvar de un encierro forzoso, de un secuestro siniestro, en su propia casa, rodeada de perversos parientes. No, algo marchaba mal allí. Y que le ahorcaran si sabía lo que era ese algo.

—Usted... tú... eres Alma, ¿verdad? —preguntó, con tono vacilante.

—Sí. Soy Alma Lambert —dijo, ella—. ¿Y usted? ¿Por qué retiene así a Gladys?

—¿Gladys? —interrogó Dan, experimentando la odiosa impresión de que el ridículo aumentaba por momentos.

—Sí. Tía Gladys. Tiene un gesto divertido —soltó una breve risa—. Pero creo que no le gusta mucho verse amordazada tan violentamente, señor...

Dan respiró hondo. Aguzó el oído. Por la escalera, se percibía rumor de pasos. Alguien subía con prisas hacia allí. El tiempo apremiaba. Iba a jugar una carta más. Aunque era una mentira. Pero él había, ido allí a mentir.

—Señor D. K. —dijo lentamente, clavando en ella los ojos.

La faz de Alma experimentó una contracción. El asombro asomó a sus ojos. Todo su ser vibró de repente, con violencia. Irguióse, atónita contempló a Dan incrédula.

—¡D. K.! ¡Tú... *tú eres* D. K.!

—Eso es —asintió Dan, pendiente de sus palabras y gestos—. Yo soy, Alma. ¿Me reconoces ahora?

Alma le miraba con interés y sorpresa a la vez. Respiró profundamente y declaró, tras una pausa que a Dan se le antojó larguísima:

—Te imaginé diferente...

—¿Mejor?

—No. Más viejo, menos... menos atractivo...

—Gracias, Alma —sonrió Dan—. Como decías en una de tus cartas, «se amable y el prójimo te lo agradecerá».

Se conocía de memoria todas las cartas. Y las respuestas. Ella denegó.

—No, no, ahora no soy amable. Tus cartas, a veces, eran amargas. Tú, no pareces amargo. ¿Te das cuenta de que ni siquiera sé cómo te llamas? Sólo tus iniciales.

—Daniel Kervin —refirió él, presuroso—. Dan para ti... Pero yo creí... que te tenían como cautiva, encerrada aquí, aislada de todos...

—Y es cierto —asintió ella, sorprendida—. Me tienen aislada. Dicen que es mejor para mis nervios. Debo calmarme, y dejar de imaginar cosas raras. Tal vez tengan razón, Dan. ¿Sabes que caí por el sendero de escaleras, hacia la playa?

—Sí, me lo han dicho.

—Creí que me empajaron.

—¿Y lo sigues creyendo?

—No lo sé. No quiero pensar en ello —se estremeció. De pronto, en sus pupilas verdes brilló algo. Tal vez una duda. Tal vez *miedo*—. Sería tan absurdo que alguien me hubiese empujado. Pude imaginarlo. Pero no estoy segura.

Golpearon en la puerta. Dan se vio forzado a soltar la boca de tía Gladys, o la infortunada mujer se hubiese ahogado. Pero cuando trató de avanzar hacia la puerta la sujetó con violencia y volvió a interpelar a Alma:

—Escucha. ¿Crees que no me echarán de aquí si abro la puerta? No quieren a nadie contigo, Alma. Me han echado ya tu médico y... tu prometido.

—¿Mi prometido? —Ella hizo un vivo gesto—. ¡Oh, Cochran! No

seas tonto, Dan. Elmer no es mi prometido. Pero él se lo cree, y alimenta ilusiones. Allá él.

Golpearon de nuevo. La voz de Cochran rugió, en el exterior:

—¡Abre de una vez, Gladys! ¿No me oyes?

—Ése es Elmer —rió Alma Lambert—. ¿De veras que él te prohibió subir?

—Sí. No sé lo que crearás tú, pero a mí esto me parecía un secuestro.

—¡Es ofensivo para mí! —jadeó tía Gladys, muy altiva—. ¡Alma, es preciso echar de casa a este hombre!

—Oh, tía Gladys, no digas esas cosas —le atajó Alma, con una sonrisa—. Dan es mi amigo. Nos hemos escrito largas cartas, hemos comprendido nuestros mutuos problemas... En modo alguno podría hacerle una cosa semejante. Abre a Elmer, tía Gladys.

Dan la dejó ir a la puerta. Abrió la dama, mientras Dan se aproximaba al lecho de la muchacha. Ella le sonrió. Incluso le tendió su mano sana, y Dan la oprimió. Sintióse un poco culpable. Estaba usurpando un puesto que no era suyo. El lugar de un muerto. Pero sólo quería hacer algo digno: descubrir quién mató al auténtico D. K. de las cartas a Alma. A Dick King, su amigo de Nueva York. Y por qué.

Elmer entró como un alud. Y gritó como un comanche furioso, al descubrir a Dan Kervin junto a la muchacha. Pegando un respingo, aulló:

—¿Usted? ¿Usted *aquí*? ¿Cómo mil diablos ha entrado?

—Como los fantasmas —rió Dan—. Por los espesos muros, amigo Cochran...

Su sarcasmo no alivió en nada la situación. Cochran señaló rabiosamente la salida y le espetó:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, necio! ¡Salga, antes de que avise a la policía!

Dan no se movió. No habló tampoco. Alma lo hizo por él, acto seguido:

—Un momento, Elmer. Creo que te excedes en tus atribuciones —dijo lenta, fría, la voz de la joven, haciendo dar la vuelta con rapidez al rostro de Cochran, y también al de tía Gladys, que evidentemente se hallaba junto al supuesto prometido de la joven, en aquel pleito—. ¿Quién te ha autorizado a echar a la gente en mí

propia casa?

—¡Pero, Alma! —gimió Cochran, sorprendido dolorosamente. ¡Este hombre es un intruso! ¡Y el doctor ha prohibido que tú!...

—El doctor puede decir lo que quiera. Y vosotros también. Pero yo hago lo que me parece, Elmer.

—¡Tu primo Rodney también ha insistido en...!

—Deja en paz a primo Rodney, y a tía Gladys y a ti mismo —le atajó Alma, con irritante serenidad—. No pido explicaciones. Sólo pido que se me deje hacer mí, santa voluntad. Soy mayor de edad, dueña de mis actos, y no estoy demente, ni nada por el estilo. Admito que pude equivocarme al pensar que alguien me empujó por el sendero. Pero eso no bastaría a declararme loca, ni mucho menos. De modo que no admito medidas psiquiátricas ni nada de eso. Dan Kervin es un amigo, el hombre con quien más me he compenetrado en muchos años. Sólo un amigo por correspondencia. Pero es hermoso tener amigos, personas que nos comprendan, aun por correo... Y el día que una les ve en persona, no les puede echar ni negarse a recibirles. Son tan amigos como tú mismo, Elmer.

Cochran quedó aplanado con aquella respuesta de Alma. No supo qué responder. Dan seguía sorprendiéndose de muchas cosas, en aquella inusitada situación. Y más aún, cuando Cochran, en vez de situarse en su papel del malvado de melodrama, inclinaba la cabeza, desalentado, y decía con voz sorda:

—Está bien, Alma. Como acabas de decir, tú eres muy dueña de tus actos. Lamento que esto haya ocurrido, porque el doctor, y yo mismo, estábamos convencidos de que era mejor que no te excitaras ni sufrieses emoción alguna que te pudiera perjudicar. Ahora, todos los esfuerzos han sido inútiles, y vale más que tú cuides de ti misma.

—Elmer tiene razón —apoyó tía Gladys con altivez—. Yo también te dejo, puesto que insistes en llevar las cosas a tu modo. Vamos, Cochran, será mejor dejarla. Ahora que tiene personas amigas a su lado, aunque, sólo las conozca por carta, es seguro que se sentirá más protegida y confiada.

Salieron los dos de la alcoba, dejando a Dan Kervin junto a Alma Lambert, sin nuevos incidentes. Dan, frunciendo el ceño, miró pensativamente a la joven. Ella se encogió de hombros, y luego, volviendo sus ojos hacia Dan sonrió ampliamente.

—Son una partida de necios —comentó, risueña—. Aún me tratan como si fuera una niña, aunque cumplí los veintiún años hace más de ocho meses. ¡Oh, Dan, es maravilloso! Deja que te vea... ¿De modo que tú eres mi misterioso y adorado D. K.? ¿Sabes una cosa? Siempre imaginé que te llamabas Dan. Creo que no me hubiera acomodado a llamarte de otra manera...

Kervin no dijo nada. Mentalmente, evocó a Dick. Alma se había equivocado, sí. Pero no merecía la pena confesárselo. El había ido a Florida a conocer a Alma. Pero esto era secundario hasta entonces. Lo importante de verdad, era saber quién mató a King y por qué lo hizo.

Ahora, de súbito, se asustaba de algo que advertía diferente. La razón y el crimen mismo, pasaban a segundo término. Y en primer lugar, emergía, gigantesca Alma Lambert, una muchacha bella, sugestiva, inteligente y encantadora, capaz de atraer a cualquiera. Incluso a él, al falso D. K. de las cartas..., falso, aunque su mano hubiera empuñado la pluma que las escribió; falso aunque la D. y la K. las hubiera trazado él, aunque coincidiesen con sus iniciales, aunque fuera él quien, a veces, ayudara a King a confeccionar una frase difícil, o a resolver un párrafo que no le gustaba a su amigo. Falso, aunque las partituras de melodías que en ocasiones enviara a Alma estuvieran copiadas por él, sobre temas imaginados por Dick, exclusivamente para conocerlos Alma...

El solo pretendió suplantar al muerto, para descubrir, si era posible, el motivo de su asesinato. Pero no suplantarle por una mujer hermosa..., Y ése era el peligro que empezaba a correr ahora.

Estaba seguro de ello, aún haciendo apenas unos minutos que conocía a Alma Lambert, la muchacha de Punta Arenas...

CAPÍTULO IV

—¿Es posible, Dan? ¿Eso es lo que pensaste al llegar al Promontorio?

Al tiempo de hacer la pregunta, Alma Lambert soltó una alegre carcajada, que pareció perderse entre las frondas del jardín. Dan asistió, riendo también.

—Te confieso que sí. Advertí el empeño de todos en retenerte aquí, aislada. Me dijeron que habías caído, que asegurabas haber sufrido un empujón... Y me asusté. Creí que tu familia te encerraba, para que no se supiera la verdad, en complicidad con el doctor Curtis...

—Oh, es divertidísima esa idea, Dan. Es evidente que tienes imaginación; más de la que advertía en tus cartas. Lo cierto es que siempre te reproché, en mi interior, una falta de imaginación muy grande. Me sorprendes ahora con esa fantasía. ¡Suponer a Elmer, a Rodney, al doctor Curtis y a tía Gladys, autores de una conspiración tenebrosa contra mí! Es muy cómico, Dan...

—No me lo parecía mientras lo creí.

—Sí, sí, eso lo comprendo, Dan. Pero sería absurdo suponer tal cosa... Mi propio miedo a haber sido empujada tuvo que ser falso. Instintivamente lo pensé al caer; creí estar plenamente segura de que me empujaban por la espalda. Pero es grotesco. Iba sola, y una, cuando cae de una altura así y cree que va a morir, piensa las cosas más disparatadas...

—Tal vez tengas razón. Pero yo no podía saber eso. Sospeché tremendos peligros alrededor tuyo...

—¡Peligros! Es fantástico, Dan. Sería... sería como imaginarse que a ti van a asesinarte en cualquier momento, sin que haya razón para ello. ¿Tendría lógica? ¿Puede eso ocurrir?

Dan apretó los labios. Sus ojos, de grave expresión, se desviaron, rehuyendo la mirada de Alma. La pregunta era sorprendente. Daba justamente en la llaga, sin que la muchacha lo sospechara.

Pero no podía decir nada, revelar nada, Solamente respondió con unas pocas palabras sombrías a la joven:

—Todo *puede* ocurrir. Suponte, por ejemplo, qué ocurriese lo que has dicho: que alguien me matase a mí. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿A quién culparías tú?

—Ahora, diría que Elmer o tía Gladys se han vengado de ti ferozmente —rió ella de buena gana—. Antes de conocerte... no sé. Tú estás más capacitado que nadie para saber quién o quiénes disfrutarían viéndote en la *Morgue*^[2].

Dan no replicó a eso. Era mejor no hacerlo. A su vez, cargó, tras un silencio:

—Alma, ¿y tú? ¿Podría haber un motivo, una razón, por la que alguien tuviera interés en lanzarte por esas escaleras a la playa?

—Nadie —se estremeció la joven, aunque no perdió su aire risueño—. ¿Por qué habían de hacerlo?

—Es lo que yo he preguntado. ¿Dinero?

—No. Si yo muero, mi pequeña fortuna, heredada de papá, pasa a la Fundación Gallagher, de Palm Beach, según voluntad de él, mientras no me case.

—¿Y si te casas?

—Normalmente; es decir, a mi esposo... e hijos, si los tengo.

—De modo, que nadie se beneficiaría de tu desaparición.

—Hoy en día, nadie. Sólo la Fundación —sonrió burlona—. Mal sospechoso, ¿no?

—Sí, muy malo. No sé de ninguna Fundación que se dedique a asesinar, para luego hacer obras de caridad con el dinero de sus víctimas. ¿Por odio, o venganza, Alma?

—No. No tengo enemigos. Ni mi familia tampoco. Todo normal siempre, sin rencillas ni enemistades de ninguna clase.

—¿Celos?

—Elmer Cochran —rió ella de nuevo—. Sólo que no tiene de quien, o no tenía, por lo menos. Hasta ahora, fuiste una especie de fantasma, un lejano amigo nunca visto. Sería absurdo tener celos de una sombra.

—Hay cosas más absurdas en el mundo. Pero desde luego, es

una razón demasiado débil, para aceptarla como buena. Tenemos, pues, un supuesto atentado sin motivos.

—Ya te dije, Dan, que empiezo a no creer en esa primera impresión. No había nadie en la senda.

—¿Y Rodney?

—¿Mi primo? Acudió al oír el grito. No vio a nadie... —Se detuvo, parpadeando—. Ya veo. Pretendes acusarle de...

—No acuso a nadie. Alma. ¿Cómo podría hacer tal cosa? Me limito a apuntar posibilidades Si Rodney no te hereda, ni te odia ni te ama, sería absurdo acusarle.

—Pues así es. Primo Rodney es un muchacho raro, demasiado intelectualoide, demasiado metido en sus libros y sus teorías, para mezclarse en nada oscuro.

—Bueno, eso deja la cuestión en el aire. Es posible que tengas razón, y no haya misterio alguno en todo esto. —Dan trató, al hablar así, de pensarlo él mismo. Pero no era tan fácil. El sabía algo que la confiada Alma ignoraba: Dick King, el auténtico D. K. había muerto.

Una muerte absurda, según palabras de Alma. Pero una muerte real; acuchillado, muerto por la espalda, violentamente, sin posibilidad alguna de error. Y muerto, hablando de sí mismo, de ella...

—Dan, interrogas como si fueses un detective —se quejó ella—. ¿Por qué no te portas como un ser normal, en vez de complicarte la vida y complicármela a mí?

—Es fácil decir eso, Alma. Pero es que me sentía inquieto por ti. A eso se debe todo —sonrió, agitando una mano—. Olvidémoslo. ¿Son serias esas lesiones?

—No —en su asiento del jardín, Alma agitó su brazo, revelando que ya no le causaba molestias. Luego, fue su pierna, vendada y rígida, la que alzó en el aire, sin ayuda de nada, para demostrar sus progresos—. Pronto estaré curada. Y podremos pescar, hacer zambullidas en el agua... A propósito, Dan, ¿te gusta nadar a ti?

—Sí —asintió con demasiada precipitación, Kervin. Y en el acto advirtió su serio error. Pero rectificar ahora, sería más sospechoso aún.

—En una carta me decías que no te gustaba el deporte con exceso. Y que, en especial, desconocías todo lo relacionado con la

natación y al patín acuático. ¿Me engañabas?

—Justamente —se apresuró a asentir Kervin ahora—. No quería revelarte todo lo que a mí se refiere. Me pareció divertido engañarte en algunas cosas, para que luego te llevaras una sorpresa conmigo.

—Pues lo lograste. Y hablando de sorpresas... ¿cuál era la que me tenías reservada? Ayer me hablaste de una sorpresa... Me gustaría verla.

—Aquí la tienes —dijo Dan con lentitud.

Hundió la mano en el bolsillo interior de su americana. Extrajo un papel doblado, fuerte. Era papel pautado, escrito en el pentagrama. Lo tendió a la joven.

—Una melodía, Alma. Dedicada a ti. Y sin título.

—¡Oh, Dan, es maravilloso! —susurró ella, tomando la partitura—. En esto no me engañaste. Eres músico, compones melodías espléndidas...

—Sí, Alma, eso era cierto. —Dan apretó los labios. Mentía, mentía siempre. La melodía no era suya, él nunca compuso pieza alguna. Aquellos «*blues*» póstumos de Dick King... eran éstos; la partitura escrita para Alma. Se limitaba a cumplir su encargo. De parte de D. K..., La forma, no importaba ahora mucho. No, después del asesinato de Dick.

Ella pasaba sus ojos muy abiertos y admirados sobre las notas del papel. Exclamó, entusiasmada:

—¡Es maravilloso, Dan! ¡Una melodía sublime! ¡Son los «*blues*» más bellos y profundos que jamás vi! Por favor, ¿serías capaz de tocarlos tú mismo?

—Por supuesto —asintió Dan. Era lo suyo—. ¿Pero, es que tú no sabes tocar, también...?

—Sí, creo que sabré interpretarlos a guitarra, Dan. Pero nunca como tú, su autor.

«Su autor». La conciencia parecía reírse de él, chillarle epítetos horribles, ante aquel engaño. Procuró mantenerse sordo a esas mudas acusaciones. Si al menos el engaño sirviera para algo... Si descubriese lo que sucedió en Nueva York aquella noche... por qué mataron a Dick y quién lo hizo... y si la razón estaba allí, en El Promontorio.

Una cosa era evidente: Dick fue muerto por alguien. Temía por Alma, según dejó escrito, por alguna, razón que sólo él sabía. Había

enviado un telegrama a Alma, que ella no mencionó, ni hizo la menor alusión a él. Prueba de que jamás llegó a su destino. Y allí mismo, en Florida, un incidente distaba mucho de estar claro todavía, pese a la total ausencia de motivos, que se repetía insistente, como en la muerte de Dick King alguien había podido empujar a Alma, para lanzarla abajo, para estrellarla en las rocas. Pudo ser accidente, ciertamente... pero también *pudo* ser un intento de asesinato.

Y la coincidencia era demasiado grande. Dan sentíase preocupado; preocupado por saber si entre el raro suceso de El Promontorio y el ataque nocturno en Nueva York, existía un nexo siniestro y sutil que nadie sabía intuir.

Por eso continuaba en El Promontorio. Y por eso seguía fingiéndose D. K., el autor de las cartas. La suplantación, más que un acto innoble, era un desinteresado afán de justicia.

Aunque en ciertos momentos todo pareciese tan ridículo, tan desorbitado e inconsistente, como una novela mal hilvanada, donde nada tuviese sentido...

* * *

Los dedos de Dan dieron el último rasgueo a su guitarra eléctrica.

Alma, como fascinada, irguió su rubia cabeza, exhaló un suspiro y musitó:

—Son bellísimos, Dan..., Y los interpretas de una forma única... Creo que siempre recordaré esos «*blues*» como algo imposible de superar. Por favor, Dan, ¿por qué no les das un título? Podrías hacerte famoso lanzando esa pieza, editándola en Nueva York...

—¡No! —La negativa de Dan fue tan brusca, que ella parpadeó. Más suave, agregó—: No, Alma. No quiero editarla. Es tuya. Sólo para ti. Y deja que sigan sin título. Es mejor así. Ten en cuenta que es... el deseo del autor.

—Respetaré ese deseo —sonrió ella. Tomó la partitura y la dobló cuidadosamente, casi amorosa—. Mi guitarra no es eléctrica, ni la toco como tú. Soy una simple aficionada, Dan. Pero tocaré siempre estos «*blues*»... y serán el mejor recuerdo de nuestro encuentro, tras esas cartas que empezaron a unirnos. Dan, soy muy feliz.

—¿Por qué, Alma?

—Soy feliz de tener un amigo sincero, un leal camarada, un hombre al que, sin duda, podría llegar a amar con facilidad...

—No, Alma, no digas eso —cortó Dan vivamente—. Nuestra correspondencia... no data de tanto tiempo como para conocernos demasiado bien. Y menos aún nuestro contacto personal... apenas de unas horas.

—Dan, es el contacto personal el que cuenta, ahora lo comprendo... Por tus cartas, te admiraba y apreciaba.

—¿Y ahora? —Esperó Kervin la respuesta, casi anhelante.

—Ahora... creo que empiezo a amarte... —susurró ella, con total sinceridad en su tono.

—Emotiva escena. Una declaración de amor... muy de hoy —la voz dura, agria, de Elmer Cochran, interrumpió la charla. Ambos volvieron la cabeza, irritados. Cochran había aparecido en la puerta del jardín, apoyándose indolente, cínico, en la valla— t. La dama revela su amor al hombre. Enhorabuena, forastero. Cazó a la chica. Y también a su dote. ¿No era lo que buscaba, con su correo sentimental?

Dan no se inmutó. Pero achicó los ojos, muy fríos, clavándolos en Cochran.

—Habla con el mismo tono con que chillan las ratas a quienes uno pisotea en una cloaca, amigo —replicó duramente—. Y suelta el mismo hedor que ellas...

Cochran palideció. Alterado, levantó la voz:

—¡Ha venido a usurparme el puesto en el corazón de Alma! —gritó—. ¡Siempre fuimos amigos, casi éramos novios!...

—Casi, usted lo ha dicho. Pero fue diciendo a toda el mundo en El Promontorio que era su prometido formal. Se anticipó a los hechos, y contó con la seguridad de que era el único pretendiente que contaba con posibilidades firmes de obtener su aceptación. Admita su derrota. Y lárguese, Cochran. Yo no necesito esperar a que Alma me declare su amor. En esa melodía, en las notas que acabo de tocar, en cuanto la he dicho hasta hoy, está mi propia declaración. Sólo temía que ella no comprendiese y...

Se detuvo. Asombrado, dudando de sí mismo. Todo esto había sido repentino, espontáneo. No había querido decirlo. Pero estaba dicho. Y, de repente, comprendía que en eso no mentía. Amaba a

Alma. No sabía por qué. Resultaba absurdo amar a una muchacha a quien sólo conocía de un día, de unas horas. Pero era así. Tal vez todo esto empezó antes, sin darse él cuenta. Acaso, al escribir las cartas de Richard, un poco de sí mismo se fue en aquellas palabras trazadas sobre el papel.

Y, ahora... Ahora descubría el secreto que él mismo se había guardado, sin apercibirse en su interior.

Cuando quiso reflexionar, tratar de entenderlo, encontróse con Alma entre sus brazos, con la boca carnosa y tibia de la muchacha, estrujando la suya intensamente con el cuerpo prieto, juvenil y cálido, oprimiendo el suyo, en un abrazo de gran pasión.

Y Elmer Cochran, lívido, desencajado, se alejaba con un seco golpe de la puerta de la cerca. Su voz se perdía, antes de arrancar el pequeño «Buick» de su propiedad hacia la población:

—¡Eres una incauta, Alma! ¡Guárdate de ese desconocido, que puede ser tu ruina!...

Luego el motor roncó con fuerza, ahogando el resto de sus palabras. Palabras que ni Dan ni ella hubiesen escuchado tampoco...

CAPÍTULO V

Rodney Lambert era un muchacho muy rubio, enjuto y nervioso, de rostro cubierto materialmente de pecas, en torno a su nariz, tan respingona y corta como la de su prima Alma.

Al lado de la seriedad de tía Gladys, resultaba un pariente encantador y simpático, a juicio de Dan Kervin. Le estrechó la mano con calor, exhibiendo su dentadura en una amplia sonrisa.

—¡Me alegro de conocerte, D. K.! —estalló, risueño—. Cuando Alma te escribía, llegué a pensar que eras un chiflado, de esos que hacen perder el tiempo a las chicas a quienes escriben. Y creo que ella misma imaginó algo así, como tú pensarías, por tu parte, que ella sería una solterona agria y decepcionada de todo que recurría a los «corazones solitarios» por simple recurso heroico.

—No pensé eso, pero jamás imaginé a Alma tal como es —sonrió Dan—. Por cierto, ¿cómo Alma acudió a esa clase de correspondencia, en vez de frecuentar amistades del lugar, en vez de ser una chica joven como las otras?

—Oh, ella es así de rara. —Rodney la contempló, tal como aparecía ahora Alma en la playa, con su bañador de dos piezas, que convertía su cuerpo en una escultura esplendorosa, de bronce o oro. Tendida al sol, reforzaba su pierna, debilitada por los días de reposo, con la acción de los rayos ultravioletas, tomados cuidadosamente—. Nunca fue como las demás chicas, Dan. Ya la irás conociendo poco a poco...

Dan afirmó lentamente. No, Alma no era, desde luego, como las demás chicas. Pero en estos momentos, no era Alma quien le preocupaba, sino Rodney. El alegre, jovial primo de Alma, tampoco parecía un siniestro pariente, capaz de atentar contra ella, o desplazarse a Nueva York, a matar a un hombre que mantenía

correspondencia con ella.

Pero entonces, ¿por qué murió Dick King? ¿Y por qué Dick tuvo que mencionarla a ella... en relación con su asesino?

Resultaba un problema obsesionante. Y el haberse enamorado en forma tan fulminante de la bella muchacha, no hacía sino complicar las cosas, e impedirle pensar.

Ahora ansiaba deshacer el engaño, referirle a Alma la verdad, decirle que el D. K. a quien ella escribía, había muerto. Que el autor de los «*blues*» no era sino un cadáver, sepultado en el cementerio de Nueva York, tras una encuesta de «homicidio a manos de persona o personas desconocidas, probablemente con la intención de robar en el piso».

Eso era todo lo que había resuelto la policía, a la vista de la muerte de su amigo. Él había quedado al margen de toda sospecha, al parecer. El sargento Scott, de la Metropolitana de Nueva York, Sección de Homicidios, le interrogó en tres o cuatro ocasiones, le hizo comparecer como testigo en la encuesta, y Dan se limitó a referir lo sucedido, pero sin citar el hecho de que su amigo hablase de Alma Lambert y de todo aquello. Eso no hubiera aclarado nada a la policía, hubiese complicado a Alma, y él no hubiera podido lanzarse, por su propia cuenta, en pos del rastro intuido. Acaso fue un error pretender convertirse en detective privado.

Esas cosas, solamente podían salir bien en el cine. La realidad era algo muy distinto, después de todo. Pero ya era tarde para retroceder. La encuesta, en Nueva York se había cerrado. Y Dan, con el dinero de su amigo, que ocultó previamente a la pesquisa policíaca había emprendido viaje a Miami, para clarecer el problema, si era posible...

Ahora no estaba tan seguro de lograr nada positivo. En las novelas, un aficionado encuentra pistas a montones, sospechosos por docenas. Él no tenía nada. Ni pistas ni sospechosos. Solamente un amigo muerto, una muchacha enamorada... y una suplantación de personalidad que, de llegar a descubrirse, a pesar de que no utilizaba el nombre del asesinado, podía envolverle dramáticamente en el caso.

Avanzó con Rodney hacia donde Alma tomaba el sol, sobre la arena. En los días que llevaba ya en El Promontorio, nada había sucedido. La joven se reponía rápidamente de su accidente, Cochran

no había vuelto taba allí, y Dan acababa de conocerle. Tampoco parecía hosca pariente que no hacía buenas migas con el forastero.

Rodney, muchas veces ausente del pueblo, ahora es a molestar, y tía Gladys seguía siendo la silenciosa, un tipo sospechoso o raro.

Ella se incorporó al sentir crujir la arena bajo sus pies. Les sonrió, y agitó su diestra a Rodney, como demostrando que su brazo herido funcionaba ya perfectamente.

—Hola, Rod —saludó, cordial—. ¿Qué has venido a hacer por aquí?

—Solamente saber cómo andaba mi bonita prima. Y, de paso, conocer al terrible ogro que, según va diciendo Cochran por ahí, ha sido capaz de apartarte de él y robarle tu afecto y tu confianza.

—¡Confianza! —Ella se irritó—. ¿Sabes lo que hacía Elmer? ¡Confabularse con tía Gladys y con el doctor Curtis para que nadie me viese! Algo así como un secuestro amable, creyendo que si recibía a alguien iba a volverme loca.

—¿Cómo se le ocurrió a Elmer avisar al doctor Curtis? —Gruñó Rodney—. Es un viejo chiflado después de todo. Y hasta se vio una vez en jaleos, por equivocarle a una chica el diagnóstico. Casi la mata, de no intervenir otro médico que impidió el error más allá de sus consecuencias primeras.

—¿Y a ese matasanos acudió para atender a su prometida? —Dan frunció el ceño—. Pájaro raro ese Cochran.

—Y tan raro. Yo no me fiaría mucho de él. Mucho menos, ahora. Está despechado, y es capaz de todo. Lo vi con Aaron Hammers, en el bar de Wilby, cuando venía hacia acá. —¿Hammers? ¿Quién es ése?— saltó Dan, intrigado.

—Oh, un tipo curioso —rió Rodney—. Viaja mucho. Conoce a medio pueblo, y vende sus informes al otro medio, eligiendo siempre a quien le pague mejor. Es un cerdo con aires de gran señor. Siempre lleva gafas oscuras... como usted, Dan.

Asintió Dan, rozando con su dedos la montura de las gafas que fueron de Richard King. No, él no llevaba nunca gafas. Solamente ahora... fingiendo ser quien no era. Si algo había citado D. K. en sus cartas, eran precisamente esas gafas...

—Hay un montón de tipos raros en El Promontorio —opinó Dan, mientras su mirada se perdía en la distancia, en el azul, cruzado a lo lejos por unas muchachas sobre patines acuáticos, remolcadas

por motoras vertiginosas. Sus gritos y el ronroneo del motor, también hicieron girar la cabeza a Rodney y a Alma.

—Sí, eso es cierto —asintió Rodney—. No me gusta esto. Y no sé siquiera cómo Alma se ha decidido a quedarse aquí a vivir. Hay mil sitios en el mundo que no están formados de rocas, arena, agua, gaviotas, estúpidos y criticones.

—No insistas, Rod. Sabes que me gusta vivir aquí o al menos, me ha gustado hasta ahora —suspiró Alma lentamente, sin apartar la mirada del agua—. Adoro el mar, y éste es un bonito lugar para vivir junto a él... lejos de mucha gente más peligrosa que la de aquí.

—¿Peligrosa? ¿En qué sentido, Alma? —inquirió Dan con viveza.

—Oh, nada, querido. Son cosas mías —ella le sonrió tibiamente, con la mente muy lejos de allí en esos momentos—. No debes hacerme mucho caso.

—¿También tú quieres ser rara, Alma?

—¿Y por qué no? —rió ella—. Después de todo, tengo derecho a guardar para mí ciertas cosas. ¿No sabías que todo el mundo tiene un pasado... y un secreto que le pertenece?

—Sí... —musitó Dan Kervin.

—Tú mismo lo tendrás, ¿no es cierto? —rió ella.

—Probablemente.

—¿Lo ves? —Avanzó unos pasos hacia la orilla. Una ola que avanzó por la arena, más adentro que otras, rozó su pie desnudo, y lo mojó. Ella lanzó un suspiro—. Aún no debo lanzarme a nadar, Dan. Podría darme un calambre, y no tener fuerzas para mantenerme a flote. Tú sabes cómo me gusta el agua, sumergirme, pescar en las profundidades... Espero que pronto pueda volver a todo eso, Dan.

—Yo también lo espero, Alma. Es cuestión de unos días. Nos sumergiremos juntos.

—Será magnífico, Dan —regresó por la playa, más adentro, y volvió a tenderse en la arena, con una mirada a Kervin—. ¿No te pones también a tomar el sol?

—Sí, Dan, échate. Yo vuelvo al pueblo. Tengo cosas que hacer. Siempre hay algo que hacer, ¿sabes?

—Te acompaño hasta el pie del sendero —dijo Dan—. Ahora

vuelvo, Alma.

Fue con el joven pecoso hasta el primer escalón de la senda ascendente. Allí se estrecharon la mano con calor.

—Hasta siempre, Dan. Sabes que tienes un amigo... Cuenta conmigo, muchacho.

—Gracias. —Dan no soltó su mano. La retuvo con fuerza y, mirándole a los ojos, preguntó de súbito—: Hay algo que me intriga, Rodney. ¿Puedo empezar ahora mismo a contar contigo?

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Me gustaría saber lo que oculta Alma. ¿Por qué rehúye a la gente, a los jóvenes, por qué eligió un lugar como El Promontorio para vivir, siendo joven y hermosa? Es eso lo que me intriga.

—¿Crees que tengo derecho a hablar de ello? —El joven sonrió enigmáticamente—. Es *su* secreto, Dan, no el nuestro. Sería desleal para con ella discutir la cuestión entre nosotros. Pero si realmente la quieres, y piensas hacerla tu esposa, te diré algo: no es nada de lo que ella tenga que avergonzarse. Sin embargo... a pesar de ello, en su interior siente miedo del mundo. Y El Promontorio, ha sido su refugio. Hasta siempre. Dan...

Agitó su mano y se alejó escaleras arriba, con rapidez. La mirada de Dan le siguió, promontorio arriba hasta perderlo de vista. Quedóse pensativa al pie de la elevación, en cuya cima se levantaban los *bungalows* y chalets de Punta Arenas.

Dan Kervin reflexionó sobre el nuevo misterio. Debió imaginar que existía alguno en la vida de Alma, o ella no viviría tan aisladamente, siendo joven, bonita y con algún dinero.

Ella había hablado de «gentes peligrosas». Richard King, en Nueva York, también. Y éste había muerto acuchillado. Alma, había sufrido una caída... y creyó ser empujada en aquella misma escalera que ahora había subido Rodney...

Levantó la cabeza, siguiendo con aire pensativo la larga serpentina escalonada que ascendía entre peñascos y matorrales. Allí mismo, tal vez *alguien*...

Parpadeó al recibir el centelleo. El sol hería alguna roca, algún cristal. No, no era eso. Un momento antes, el centelleo no estaba. Ahora mismo, *se había movido*. Por un momento, desapareció. Luego, volvió a emerger un momento, para ocultarse de nuevo.

Escrutó con agudeza, sin ver nada. El sol era muy fuerte, caía a

plomo, y le obligaba a estrechar demasiado las pupilas, perdiendo visibilidad. Renunció a seguir mirando. Acaso alguien andaba por allí, aunque no había visto a persona alguna. Todo el mundo era libre de utilizar el sendero, después de todo, o de saltar entre las rocas y los arbustos, si le venía en gana.

Se volvió para ir hacia la playa. De pronto, el ruido le hizo volverse. Fue un rebote sordo, profundo... Giró en redondo, levantó la cabeza hacia el alto promontorio.

—¡Alma! —chilló—. ¡Fuera! ¡Fuera de la playa! ¡Al agua!

No daba tiempo a más. Alma se irguió en la arena, vio lo que sucedía, y echó a correr, lanzándose al mar en una zambullida rápida, intuitiva.

Dan Kervin no tenía tiempo de llegar a la orilla del agua, con aquel gran peñasco rodando sobre los demás, arrastrando en su caída a otros, igualmente pesados, fácilmente desprendidos de su precaria base arenosa, por el ímpetu del que caía, y que caerían indefectiblemente sobre él y sobre el sector de arena de playa inmediato, donde yacía Alma Lambert.

Se arrojó al suelo, junto a una alta roca puntiaguda, protegiéndose tras ella. Pegado a la arena y la roca, escuchó, procedentes del mar, los gritos de Alma, que le advertía contra el peligro, angustiada.

No se movió, ni giró la cabeza ni hizo gesto alguno, para no despegarse de la roca donde se acurrucaba. Dos de los peñascos pegaron justamente en su cima, saltando por encima de él con un sordo impacto, seguido de un redoble estremecedor. De rebote en rebote, se perdieron hasta la arena, donde abrieron hondos cráteres.

Otras rocas siguieron detrás. Una rozó el cuerpo de Dan, al caer en vertical por un borde de la roca, y destrozó unos arbustos, rebotando por suerte en dirección opuesta al lugar donde se escondía Dan.

Cesó el alud, tras una lluvia de menudas piedrecillas, muchas de las cuajes pegaron en el cuerpo de Kervin, como acribillándolo a alfilerazos. Polvoriento, tosiendo y jadeando, con los dientes crujiendo sobre la arenisca engullida, Dan Kervin se volvió, echó a correr hacia la playa...

Muchas eran las rocas que habían golpeado donde Alma habíase hallado antes. Algunas de ellas incluso llegaron al agua, aunque

amortiguada su violencia. Alma nadaba, mar adentro, a pocas yardas, con débiles brazadas, muy pálida e impresionada por el siniestro acaecido, que pudo costarle la vida.

—¡Dan! —llamó—. ¿Estás bien?

—¡Sí, Alma! ¿Y tú?

—Logro nadar... pero muy débilmente. Me resiento del brazo, Dan... No sé si podré resistir hasta volver a la orilla...

Dan no vaciló. Arrojóse vestido al agua, y nadó con perfecto y rápido estilo, hasta donde flotaba Alma Lambert. Ella le sonrió, agradecida, al tenerle junto a sí.

—Gracias, querido —susurró—. Eres un gran nadador....

—Eso, en tus labios, es todo un elogio. Lástima que no tenga ahora tiempo de demostrártelo mejor. Vamos, hay que volver a la playa. Agárrate a mí y déjate llevar.

Lo hizo dócilmente. Ella era buena conocedora de todas las técnicas natatorias y no ponía dificultades. Regresaron.

Alma se dejó caer en la arena, jadeando, tras una mirada llena de temor a las rocas que salpicaban la arena.

Allá arriba, los ocupantes de varios chalets se asomaban, en demanda de lo que provocara el estruendo anterior. Dan agitó una mano, señalando que nada ocurría.

—Pudimos haber muerto los dos, Dan —se estremeció la joven.

—Por supuesto. Un «accidente» muy raro, ¿no crees?

—Dan, ¿qué quieres decir? —Se alteró ella, levantando la cabeza.

—Uno pensaría que es fácil empujar una roca desde arriba. Y esa roca arrastraba a las demás. De cada cien veces, los que están abajo se libran en dos o tres, como máximo. Un retraso en advertirlo, un error de colocación o simple mala suerte... y todo se termina.

—Todo se termina... —Ella se vio sacudida por un escalofrío—. Sí, Dan. Pero ¿cómo puedes creer que alguien hiciera una cosa así? ¿Y por qué?

—¿Por qué creíste tú que te habían empujado promontorio abajo?

—Eso... eso fue diferente, Dan.

—Ojalá lo sea realmente. Esto de hoy no me gusta, Alma. Me pareció ver antes, al desaparecer ya Rodney, un brillo entre los matorrales. El sol se reflejaba en algo que se movía.

—Dios mío. ¿Un arma, Dan?

—No. No soy tan truculento. Pero muy bien pudieran ser unas gafas. El brillo espejeante, así parecía indicarlo.

—¿Unas gafas?

—Sí, Alma. ¿Recuerdas lo que dijo Rodney? Un tal Aaron Hammers las lleva siempre...

—¡Hammers! ¿No pensarás que él pudo ser quién...?

—Pienso tantas cosas, que no quiero hacerme líos. Sólo procuraré recordar que el brillo era el de unas gafas. Ahí había alguien parapetado... Alguien que ahora no está. Me gustaría mucho saber quién fue...

—Tengo frío, Dan. Tal vez haya sido al entrar en el agua, después de todo este tiempo...

—No, no ha sido el agua, Alma. Es natural que tengas frío. Vamos, regresaremos arriba. Creo que el día de sol y de aire, se ha estropeado un poco, aunque no haya nubes...

CAPÍTULO VI

—Usted es Wilby, ¿verdad?

—Sí —el barman parpadeó, sirviéndole lo que había pedido: un *high-ball*

. Y usted es el novio de la señorita Lambert, ¿no?

—Eso es. Me llamo Dan Kervin.

—Mucho gusto, señor Kervin.

—He venido a conocer a alguien. Usted puede ayudarme.

—Seguro. ¿A quién busca?

—A Aaron Hammers.

—¿Hammers? —Wilby parpadeó, sorprendido. Sus parpadeos, por lo visto, eran habituales en él—. Diablos, ¿qué mosca le ha picado a usted? Hammers sería la última persona a quien le recomendaría conocer.

—Sí, eso he oído. Sin embargo, me interesa hablar con él.

—Bueno, usted sabrá lo que se hace. Allí lo tiene, en aquella mesa. Con la chica mejicana...

Dan se volvió despacio en el alto taburete del mostrador. Contempló fijamente al hombre de traje blanco, sombrero tropical, de color crema, con una banda verde y largas gafas de sol, con montura de carey.

La mejicana con quien estaba sentado, lucía unos *shorts* cortísimos, pegados a sus bronceados muslos, y una blusa anudada en el estómago. Debajo, nada más. Y la blusa, además de abotonarse con un solo botón, era casi transparente. La chica tenía el cabello largo y grasiento, muy negro; una figura menuda pero prieta, y una cara de aburrimiento espantoso.

Kervin echó a andar hacia ellos con su *high-ball*

en la mano. Se paró ante ellos y Hammers pegó un respingo. Le miró, humedeciéndose los labios.

—¿Desea algo, señor? —preguntó.

—Puede ser —miró a la mejicana. Ella le estudió, desdeñosa. Se inclinó un poco, pava apagar un cigarrillo en el cenicero, y luego se irguió con violencia. Su seno golpeó agresivo la tenue blusa.

—¿Estorbo yo tal vez, señor? —preguntó con un inglés defectuoso.

—Una chica como tú, nunca estorba —sonrió Dan, enseñando los dientes—. Pero ahora, sí.

—Ya. Una de cal y otra de arena ¿eh? —Ella se encogió de hombros—. Te dejo, Aaron.

—No, no te vayas. No conozco a este hombre —objetó Hammers—. No sé qué podemos tener que hablar los dos...

—Claro que me conoce. Y sabe de lo que tenemos que hablar. Por eso no quiere que ella se largue. Bueno, Hammers, hablaremos igual con la chica delante —y cogiendo una silla, puso el respaldo por delante, sentándose a horcajadas en ella.

El tipo de las gafas de sol miró al hombre que también las llevaba, pero con vidrios azules; se humedeció de nuevo los labios y, rezongó de mala gana:

—Está bien, Perla. Lárgate. Te llamaré luego.

—¿Lo ves, Aaron? —suspiró ella—. Ya lo sabía de antemano. Adiós, señor.

Le guiñó un ojo. No tenía ninguna necesidad de ello y sin embargo al pasar le rozó con intensidad. Su carne olía a frutos salvajes. O, por lo menos, los recordaba.

Dan Kervin la vio alejarse con una oscilación de caderas exagerada. Tenía bonitas piernas. Hammers, sin perderle de vista, se enjugó el sudor de su rostro. Comentó, con sarcasmo:

—¿Le gusta la chica? Puedo concertarle una cita con ella a...

—¿Quién le pidió nada? —atajó fríamente Kervin, mirándole como se mira a un sapo—. Todavía me arreglo yo mismo mis citas con las mujeres, Hammers. ¿Le utiliza Cochran para eso?

—Oh, qué cosas dice usted —se esforzó en sonreír, sin mucho éxito—. ¿Por qué había de hacerlo?

—Sí, claro. Puede usarle en cosas peores. Como provocar derrumbamientos, por ejemplo.

—¿Derrumbamientos? —Palideció su rostro redondo, sudoroso. Le tembló la papada tenuemente—. No entiendo...

—Claro que entiende. ¿Vio el de esta mañana en Punta Arenas?

—Oh, sí, sí... —se apresuró a cortar, añadiendo rápido—. Bueno, me lo han contado y dicen que fue terrible.

Dan apretó los labios, sin quitar de él la mirada. Habló fríamente:

—Me pareció ver un hombre con gafas, acurrucado entre los matorrales. Raro, ¿eh?

—¡Yo no fui! —Respiró hondo, porque la voz le había salido como un chirrido, y añadió, muy asustado—: ¡Yo no hice nada, no sé nada de nada! ¡No puede acusarme de eso!

—Claro que no puede acusarte de nada. ¿Qué hace este cerdo aquí, Hammers?

Dan giró la cabeza. Elmer Cochran tenía la virtud o el vicio, de aparecer cuando no se le esperaba. Y cuando menos falta hacía. Estaba francamente mal, como un cuervo, con aquel pantalón negro, muy ceñido, y la camisa negra, de manga larga, por fuera de los pantalones.

Había entrado en el local, acercándose hasta ellos sin hacer ruido. Dan Kervin contempló su zapatos de lona, con suela de goma. También eran negros.

—Los grajos revolotearon sobre la carroña —rió Dan Kervin, sarcástico—. No falta nadie en el cuadro. Sólo sobro yo. O acabaré también podrido. Las frutas estropeadas contaminan a las demás. Adiós, Hammers. Le dejo con su amigo. La próxima vez, es posible que dispare sobre el que intente lanzar piedrecitas sobre mí... o empujar a Alma Lambert por un precipicio...

Inició la marcha, tras de ponerse en pie con mucha calma. Rápido, Cochran impidió que saliera, plantándose ante él. Su faz estaba contraída, y en los ojos brillaba una luz de intensa ira.

—Espere, Kervin —amenazó con rudeza—. Estoy harto de usted y de sus tonterías. Si no se va de El Promontorio le voy a echar yo.

—¿De veras? ¿Y cómo lo haría?

—¡Así!

Era evidente que Cochran conocía algo de boxeo. Y pegaba duro y bien.

Kervin sintió el impacto en la boca del estómago, y se dobló.

Antes de que comprendiese bien lo que sucedía, otro mazazo de Cochran, ahora hacia arriba, le pegó en la mandíbula, y le lanzó hacia atrás. Golpeó con la espalda en la mesa. Entonces, cobardemente, Hammers apoyó a su amigo. Un patadón brutal del tipo de las gafas, se hincó en el costado de Dan Kervin, lanzándole por el suelo aparatosamente.

—¡Bravo, Hammers! —rió Elmer Cochran, avanzando hacia él—. ¡Vamos a darle un buen escarmiento a este forastero!

Dan, caído en tierra, sacudió su cabeza con energía, procurando rehacerse y apartar de sus ojos el velo gris que se había formado, dificultándole la visión.

Logró descubrir a los dos tipos, dirigiéndose hacia él, dispuestos a seguir machacándole. Estaba muy castigado, pero podía mover aún su cuerpo con cierta elasticidad. Sin embargo, no dejó que lo advirtiesen así. Continuó como vencido.

Tenía a Cochran justamente junto a sus piernas. El otro, Aaron Hammers, se movía a su espalda, sin duda para golpearle en la cabeza y rostro impunemente Cochran dio un paso más...

Entonces, Dan Kervin entrelazó, rápido, sus piernas. Cerró las de Cochran en un lazo enérgico, y tiró con violencia hacia sí. Cochran, con un juramento, rodó de bruces, junto a él, Dan le recibió con los codos levantados, y se los hincó en la cara. El hombre chilló, dolorido.

Hammers ya había logrado soltar un puntapié a la cara de Dan, y éste sintió la sangre fluir de su nariz, Pero Hammers no dio ningún otro traicionero golpe. Dan estiró una mano, sujetando su pie, al alzarse de nuevo, y tiró de él.

También Hammers perdió el equilibrio, rodó por el suelo del bar, junto a su compañero, en tanto que Dan, de un salto felino, se ponía en pie. Inclínose, aferró a Cochran por su camisa, con una mano, le frenó un golpe con el brazo, y luego le soltó dos directos seguidos al rostro. Le borró la mueca de su cara con la sangre que afluyó de su nariz violentamente, Luego le disparó un mazazo al mentón, y lo derrumbó en el suelo, gimiendo dolorosamente.

Kervin, jadeando aún, se volvió como un tigre hacia Hammers. Pero el cobarde iniciando una carrera vertiginosa, desapareció del local por la puerta de atrás.

Kervin no quiso seguirle. En realidad, ni siquiera merecía la

pena. Sólo le gritó, avanzando hacia la puerta:

—¡Cuando te tenga a mi alcance de nuevo, Hammers, no vas a escapar tan fácilmente!

Miró con desprecio a Cochran, se limpió la sangre con un pañuelo, y entró en el lavabo, enjuagándose el rostro y las manos. Cuando salió, no había ni rastro de Cochran tampoco.

—Se fue como alma que lleva al diablo —rió Wilby, en el mostrador—. Diablos, amigo, ¿es usted luchador? ¡Vaya manera de pegar! Y eso que le cogieron desprevenido...

—Se sorprendería si le dijera que soy músico.

—¿Músico? ¡Infiernos, no lo creo!

—Puede creerlo. Y a veces, es más fácil pulsar un instrumento que a ciertos tipos. ¿Usted sabe a qué se dedica Hammers?

—Oficialmente, a nada. Pero no me sorprendería que ganara dinero con el contrabando.

—¿Contrabando? —Dan enarcó las cejas.

—Oh, sí, ya sabe. Estos sitios costeros, con playas y calas abundantes, que no siempre pueden vigilar estrechamente los guardacostas, pueden ofrecer mucho campo a los que quieran meter productos costosos, como perfumes, drogas, joyas y cosas así...

—Entiendo. ¿Y Cochran? ¿De qué vive?

—Oh, ése tiene sus medios. Y un negocio productivo.

—¿Qué clase de negocio?

—Exporta latería para toda la América Latina, alimentos envasados y todo eso.

—Ahí podría haber contrabando...

—Oh, no lo creo —rió Wilby—. Aquí lo productivo es introducido en el país, donde se paga en dólares. No *sacarlo* para llevarlo donde la moneda es más baja. Cochran no sería tan tonto de meterse en líos de ésos, para perder dinero o ganar unos, centavos.

—Ya. —Kervin hundió las manos en los bolsillos—. Bueno, gracias por todo, Wilby.

—De nada, señor. Y perdone si no intervino en la pela. Pero me debo a todos los clientes, y no puedo liarme con ninguno, o lo perdería.

—Claro, Wilby, lo entiendo muy bien —sonrió Dan—. De todos modos, no hizo falta.

—Me limité a vigilar a Hammers, señor. Por si acaso recurría a su sucio truco de sacar el cuchillo...

—¿El cuchillo? —Se aguzó el oído de Dan Kervin—. Un momento, Wilby. ¿Quiere repetir eso?

—¿Lo de Hammers? Mucha gente sabe que le gusta jugar con su navaja automática, una de esas que salen de su mango al presionar un resorte, y que puede perforarle a uno los pulmones o el corazón con igual facilidad que si cortara una manzana. En eso es un experto, y si ve la cosa mal dada, no duda en utilizarla. Nunca mató a nadie, pero ha herido a un mejicano una vez, y otra a un marinero. Nunca se desprende de esa navaja. De haberla sacado, le hubiese advertido, o hubiera tenido que intervenir yo.

—Está bien, Wilby. Gracias por estar a la expectativa... y por avisarme de esa curiosa costumbre del amigo Hammers... ¿Sabe si acostumbra a ausentarse de El Promontorio?

—Pocas veces. Casi siempre anda por aquí. Nunca falta más de dos o tres días. Luego, vuelve con dinero y gasta. Por eso creo que se dedica a contrabandista.

—¿Recientemente se ausentó de El Promontorio? Aproximadamente unos días antes de venir yo, sobre las fechas en que Alma Lambert sufrió el accidente...

—No puedo recordarlo. Pero es posible que estuviera un par de días sin asomar por aquí, sin que lo advirtiéramos casi nadie.

—Bien, Wilby. Gracias una vez más...

Se encaminó a la salida. Estaba oscureciendo. La caída de la tarde, en los lugares playeros, tiene algo de melancólico, de taciturno y triste, como el fin de un verano.

Volvían bañistas de la playa. Otros traían sus patines a remolque, riendo jovialmente, con los cuerpos bronceados, cubiertos de gotas de agua, como perlas. El sol, después de ocultarse, dejaba una estela de sombras azules que restaban blancura a los edificios de El Promontorio.

Subió a su coche blanco y amarillo. Era el que alquilara en Miami para dirigirse allí. Actualmente, disponía de muy poco dinero, pero eso nadie lo sabía en El Promontorio. Cuando se le terminase, no sabía siquiera lo que iba a hacer.

Emprendió el regreso a Punta Arenas. Su visita a la población había sido más provechosa de lo que imaginara. Además de una

serie de golpes, manchas de sangre en la ropa y un dolor insoportable en la nariz, llevaba algunos datos importantes. Sobre todo, acerca de Aaron Hammers.

Pero todo continuaba siendo inconexo, falto de sentido. ¿Por qué todo aquello? ¿Por qué peligraba Alma Lambert? ¿Por qué el hombre que la escribía desde Nueva York, había de ser asesinado? ¿Por qué un telegrama no llegó jamás a manos de Alma?

Mientras conducía, carretera adelante, una idea desagradable le invadió de pronto.

Si el asesino de Richard King estaba en El Promontorio... *sabía* que él no era D. K. Y lo sabía, porque nadie sino el propio criminal podía saber allí que el verdadero D. K. había muerto.

Pero esa persona no se delataría. Era lo bastante astuta para callar, para observar, divertidamente, la falsa de Kervin, sin desenmascararle. Sabía que revelar eso, significaba revelar su propia culpa.

Y, sin embargo, de algo estaba seguro Dan. Si Richard King había sido muerto por algo relacionado con Alma, él corría ahora el mismo peligro, porque fingía ser la misma persona asesinada. Aunque el asesino supiera que él no podía ser D. K., tal vez le estorbaba igual en sus planes, y estaba condenado a morir.

El alud de rocas, en el promontorio, pudo ser provocado, no sólo contra Alma, como pensara en un principio, sino *contra, los dos*.

De cualquier modo, la Muerte acechaba en «El Promontorio».

Y lo peor era ignorar dónde se ocultaba, y en qué momento atacaría de nuevo...

* * *

Los «*blues*» le llegaron, como una oleada acusadora y cruel.

La guitarra sonaba, en manos de Alma Lambert, con una vibración extraña, melancólica y cadenciosa. Era un murmullo de cuerdas, un temblor de fibras heridas por unos dedos sensibles.

Aquellos «*blues*» de King, los «*blues*» compuestos por un hombre muerto, y que él había tenido que apropiarse, al menos ante Alma, para completar en engaño. Los escuchó, apoyado en el volante, tras detener el coche en el jardín de Longridge.

Eran siempre como un aviso, como un reproche fantástico,

llegado de más allá de la vida y del mundo. ¿Cuándo terminaría la farsa? Ni Alma ni los «*blues*» le pertenecían. Ni aquel lugar era el suyo, ni debía de continuar mintiendo, engañando, por muchas que fueran sus razones.

Bajó del coche, caminó por el sendero de arena, hacia la casa...

—Señor Kervin, un momento.

Se paró en seco. La voz llegaba del porche. Allá, al fondo, en otro lugar de la casa, continuaban sonando los «*blues*», entre los dedos de Alma, arrancados a una guitarra que, por no ser eléctrica, poseía quizá una mayor melancolía, menos sincopada dureza.

Gladys, la severa y silenciosa tía Gladys, estaba erguida junto a las enredaderas que ascendían por los muros. La miró fijamente Dan.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Sucede algo?

—Sí, señor Kervin. Sucede algo. Algo que todavía no sabe Alma.

—Bien. ¿Y qué es ello?

—Ha habido una llamada telefónica para usted.

—¿Para mí? ¿De dónde?

—De Nueva York.

Hubo un silencio. En el acto, Dan intuyó que algo marchaba mal. No sabía el qué, pero una llamada de Nueva York no podía ser para nada bueno.

—Ya —dijo—. ¿Quién era?

—El sargento Scott, del Departamento de Homicidios —habló fríamente Gladys—. ¿Eso le dice algo?

—Sí. ¿Tomó usted la llamada?

—Eso es. Alma preguntó. Le dije que era un error de la Central, en poner una conferencia.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Qué ha dicho el sargento Scott, para que usted obre así?

—Preguntó por Daniel Kervin.

—Muy bien. Creo que no es nada extraordinario. Yo soy, y usted lo sabe.

—Sí. Pero él también quería saber si usted había hablado aquí de la muerte de un amigo suyo, Richard King... Un hombre semi inválido, cuyos ojos disfrutaban de escasa visión..., y cuyas iniciales eran también. D. K..., Dick King, señor Kervin.

—Cierto. ¿Y qué?

—Le dije que no sabíamos nada de ese amigo. Se extrañó mucho. Dijo que era raro que, siendo Alma Lambert la destinataria de cartas escritas por Richard King, con sus iniciales D. K., a través de un club de relaciones por correspondencia, usted nada hubiera referido de lo que sucedió en Nueva York.

—El sargento fue muy explícito, a lo que veo —dijo Dan serenamente—. ¿Le contó a usted lo ocurrido?

—Sí.

Solamente ese monosílabo: «Sí». Y, de repente, Dan Kervin advertía ante sí una sombra acusadora, en la callada, severa Gladys Lambert. Pero solamente una ínfima parte de lo que significaría el propio sargento Scott, acusándole.

De pronto, todo adquiría un repentino cariz sospechoso, culpable para cualquiera... Suplantación del auténtico D. K., ocultación de lo sucedido, el idilio con Alma, que podía ser interpretado torcidamente... El dinero del muerto, los «*blues*» robados a su auténtico autor y dueño legítimo...

Dan Kervin respiró hondo. Todo iba a ser muy difícil ahora. Acaso no fue inteligente su modo de actuar. Acaso nunca debió de ir allí, de ocultar a la policía su intención de esclarecer las cosas...

Pero ahora era ya tarde. Todo eso no se podía arreglar. Para el sargento Scott, averiguar la existencia de Alma y de la correspondencia de King con ella, no debió de resultar muy difícil. Y entre tanto, él ni siquiera sabía cosa alguna, ni podía hacer nada para justificarse, diciendo a la policía:

«Sí, suplanté a D. K... para descubrir una conspiración criminal. ¡Ahí tienen el culpable de todo!».

No, ni siquiera podía hacer eso. No disponía de dato alguno. Ni siquiera había logrado formarse una hipótesis. Parecía no haber razón alguna para matar a Alma. Y mucho menos, para atentar contra Dick King, en Nueva York.

La pausa fue corta, a pesar de que todo ese ramalazo de ideas confusas pasó por la mente de Dan, Kervin entre tanto. Luego, por último, mirando fijamente a la señora Lambert, habló muy despacio:

—Supongo que habrá dicho algo más. Vendrá a arrestarme, o tendré que ir yo inmediatamente a Nueva York...

—No ha dicho nada. Me dio las gracias, y colgó. Eso ha sido

todo.

—¿Todo? Es muy extraño...

—Tal vez no tanto como se lo parece a usted. El sargento sabe lo que son los sitios pequeños. No quiere que haya un escándalo, y prefiere dejar que nosotros resolvamos esto a nuestro modo. Espero que usted no dificulte ahora las cosas.

—Por supuesto, señora Lambert. No dificultaré nada. ¿Qué le contó de mi amigo, el sargento Scott?

—Su muerte..., las circunstancias... Todo, en suma.

—¿Mencionó si sospechan de mí?

—No. Se limitó a hablar cuanto le he dicho. Yo sí sospecho.

—No me creará un asesino, ¿verdad?

—Ni siquiera sé lo que debo creer. Sólo espero que se marche de aquí cuanto antes. Alma no tendrá por qué saber la verdad, excepto si la policía se ve obligada a hacerle preguntas. Pero será un duro trance para ella, de cualquier modo...

—Sí, no va a ser fácil. Es posible que ella también me crea culpable...

Hubo una nueva pausa. Los «*blues*», en la noche, eran como una música de fondo en la escena de una película. «*Blues*» de un muerto... sonando para un muerto. Para D. K., un fantasma en la vida de Alma Lambert; un hombre a quien ni siquiera había llegado a conocer, del que tal vez jamás se hubiera enamorado...

—No se lo diga ahora —recomendó Gladys—. Espere a mañana. Puede decirle que se marcha, que estará ausente unos días... Algo que no dañe mucho a mi sobrina.

—La quiere usted mucho, ¿verdad?

—Sí. No toleraré que nadie le haga daño. Le vigilaré a usted constantemente, Kervin.

—No es a mí a quien ha de vigilar. Hay alguien empeñado en matarla, pero no soy yo.

—¿Qué está diciendo? —Se asustó ella.

—Ya que es hora de decir verdades, las diremos todos. La caída del promontorio, el alud de rocas... Todo ha sido intencionado, provocado por alguien.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué hacer daño a mi pequeña, a la pobre Alma, que jamás causó mal a nadie?

—Tal vez usted pueda ser quien mejor conteste a la pregunta.

—¿Yo? No le comprendo...

—Mire, señora Lambert. Le voy a decir algo. Mi amigo King, antes de morir, me reveló que le mataban para que no pudiese venir aquí. Envío un telegrama a Alma, que ella jamás ha recibido, al parecer. Y entre tanto, se atentaba contra ella aquí. Todo eso tiene un nexo. Yo, nada sé de Alma, de su vida, de su pasado. Ella oculta algo, por cuya razón se ha encerrado en este lugar, y ha buscado, en simples cartas, una amistad a distancia, segura para ella. Tiene miedo o prevención a algo. ¿A qué... y *por qué*?

Gladys se quedó callada, tras la rápida sucesión de palabras disparadas por Dan Kervin. Por fin, la mujer inclinó la cabeza, suspiró, y habló lentamente:

—Trata de confundirme, Kervin, de alejar de usted mis sospechas y celos. No puede estar en eso la explicación de lo que sucede. Es imposible...

—Bien. Ése es su criterio. Yo tengo otro muy distinto. ¿No va a revelarme lo que hay en el pasado de Alma?

—Yo no sé si debo hablar de... —Se detuvo. Giró la cabeza. Los «*blues*» habían cesado. Tras una duda, se mordió el labio inferior, inclinóse hacia Dan, y con repentina decisión, soltó lo imprevisto—: Una vez, hace años, alguien la amenazó con matarla... Juró que, estuviera donde estuviese, Alma moriría a sus manos. Pero jamás creímos eso seriamente.

—¿Quién la amenazó? —preguntó Dan, profundamente sorprendido, dominándose.

—Un asesino, un loco —suspiró Gladys Lambert—. Pero murió. Jamás se supo de él, Ahora, no diga nada. Alma viene...

CAPÍTULO VII

—Me encuentro muy bien, Dan... He recuperado ya mi fuerza, la elasticidad de mis músculos... —Alma emergió del agua, radiante, tras la prueba natatoria de aquella mañana—. ¡Vamos, salta tú! ¿A qué esperas, ahí sentado?

Kervin dejó de reflexionar. Levantó la cabeza y contempló a Alma Lambert, como una sirena rubia manteniéndose a flote con gracia y agilidad maravillosas. Sonrió, disimulando sus preocupaciones.

—Ya voy, querida. Pero ¿no será mejor que descanses un poco?

—No, no, Dan. Quiero ir recuperando el ritmo normal. Mañana es domingo, ¿lo olvidabas?

—Bien —avanzó hacia el agua—. ¿Y qué hay con eso?

—Aprovecharemos para intentar un poco de pesca submarina.

—Oh, no, Alma. Es demasiado pronto. Puede fallarte el organismo...

—Dan, yo sé cuándo soy capaz de una cosa. Y ahora sé que puedo hacer lo que digo. ¿Iremos a pescar a aquellas rocas? —señaló a unos arrecifes distantes—. Es el mejor lugar del litoral para ello: agua clara, profunda y con muchos peces. Te divertirás, Dan.

—Escucha una cosa, querida —habló Dan, empezando a nadar junto a ella—. Es posible que mañana tenga que ausentarme de El Promontorio.

—¡Dan! Eso no... —Le miró de repente, implorante. Sus grandes ojos verdes se habían abierto mucho para contemplarle—. Bromeas, ¿verdad?

—No, no, Alma. Tengo unas gestiones que hacer... Pero será cosa rápida. Volveré en seguida... Un par de días todo lo más.

—Pero, Dan, yo no quiero que te vayas. Si es cuestión de dinero,

y precisas algo, dímelo. Te lo prestaré hasta que puedas devolvérmelo. No soy rica, pero poseo bastante para los dos, Dan.

—No digas eso, querida. No podría aceptar dinero tuyo. No es nada de eso. Se trata de otra cuestión... Debo irme, Alma.

—Veo que no puedo disuadirte —suspiró, braceando hacia unas rocas, a las que se encaramó. Su cuerpo espléndido, bronceado, bajo la melena rubia, parecía el de una estatua brotando del mar. Bajo la pieza de su bikini, el agresivo seno se proyectó contra el azul—. Pero mañana... Precisamente mañana... Dan, por favor; quédate un día más. El lunes puedes marcharte. No me niegues ese favor, Dan...

—Está bien —suspiró Dan, sabiéndose terriblemente débil ante la demanda de Alma. Sentíase incapaz de apartarse de aquella mujer. Pero tenía que hacerlo, o Gladys lo haría todo más difícil y doloroso. Esperaba que, al menos, tuviese paciencia aquel domingo—. Me quedaré. Pero sólo mañana, Alma.

—Sí, Dan... —Le miró, y luego acurrucóse contra él, sobre la roca. Tembló—. Tengo miedo, querido.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De todo. Y sobre todo, ahora, de que te marches... y no vuelvas jamás.

—No seas tonta, Alma. Claro que volveré. Sólo dos días y...

—No sé, Dan; pero es un presentimiento oscuro y horrible. Creo que si te marchas, nunca nos veremos de nuevo tú y yo. Y tengo tanto miedo... por ti y por mí...

La oprimió contra sí. Se juntaron sus labios. El aire agitaba sus cabellos mojados, azotaba sus rostros, y lanzaba contra ellos espuma marina, agua pulverizada.

—Atoa, si yo supiera... Si supiera por qué tienes miedo... Por qué siempre huyes, te ocultas de todos... Éste es un lugar maravilloso. Pero deberías conocer otros lugares, visitar el resto del mundo exterior, al que te niegas a ir. ¿Por qué, Atoa, crees que debes encerrarte en ti misma de esta manera?

—Oh, Dan, no hablemos de eso —pidió Alma—. Es algo que no quiero decirte. Pero si lo supieras, me comprenderías muy bien. Y no insistirías más...

—Atoa, yo... yo creo que encerrarse en un lugar como éste no es la forma mejor de rehuir al Destino, de luchar contra una amenaza

latente...

Ella giró vivamente las pupilas en sus órbitas. Miró a Dan, trémula.

—¿Es que sabes ya...?

—Sí, Alma. Lo sé. No del todo, pero conozco el fundamento: una antigua amenaza. Es una historia ridícula, compéndelo.

—No dirías eso..., si recordaras al hombre... —jadeó, con violenta palpitación de su busto, apenas contenido por la pieza del bikini—. Su mirada terrible, su crispación demoníaca, cuando se levantó de su asiento de acusado, y gritó, señalándome con su mano extrañamente crispada: «¡Te mataré, pequeña! ¡Te mataré, estés donde estés..., te ocultes donde te ocultes..., aunque pasen Veinte o treinta años de este día! ¡Te mataré... y tú sabes que lo haré, maldita mocosa! ¡Vivirás toda tu vida asustada, pendiente del día en que caiga sobre ti!».

—¿Ocurrió eso hace mucho, Alma? —preguntó Dan, dominando su impresión, ante el gesto con que la muchacha reproducía la escena.

—Muchos años, Dan. Exactamente doce... Yo tenía nueve años, y aquel asesino medio loco, que al final salvó la vida para ingresar en un establecimiento sanitario del Estado, era también joven, un hombre de unos veinte años o poco más... Había cometido un crimen lleno de sadismo. Y yo era su único testigo. Le acusé. Tenía que hacerlo, a pesar de la contrariedad de tía Gladys y de papá. Mi madre había muerto entonces.

—¿Eso sucedía aquí mismo, tal vez?

—No, no. En Carolina del Sur, donde vivíamos entonces. Papá resolvió trasladarse de Estado, por el miedo a lo que podía suceder. Lo cierto es que el loco, se evadió, cosa de dos años más tarde. Pero desapareció. Se le buscó insistentemente, nosotros nos vinimos a residir a El Promontorio, por ser un sitio pequeño y difícil de localizar. Siempre rehuí a la gente, Dan. Tenía miedo. Aunque la policía dijo que existían indicios de que se mató en Norfolk, Virginia, durante un incendio en los puertos, no recobré la tranquilidad jamás. Rehuía a los hombres, especialmente a los jóvenes no mayores de treinta y cinco años. Porque cualquiera podía ser el asesino. Tú sabes que existe cirugía facial, y que un rostro cambia a través de los años. Yo recuerdo sus ojos, sobre todo,

pero no su faz, su aspecto exacto... Tal vez porque yo misma he procurado olvidar...

—Entiendo —suspiró Dan Kervin—. Es una historia horrible, pero pasaron muchos años. Y lo que en aquel momento parecía terriblemente real, luego con el tiempo se borra. Y de haber vivido, ese hombre ni siquiera se hubiera acordado ya de su promesa. Olvídalo, Alma, y vuelve a tu tranquilidad, a la vida de paz y de sereno espíritu que mereces. Ahora comprendo bien lo que pensaste, al caer por el promontorio. Pero fue solo una caída. Lo extraño es que no te asustaras al verme a mí allí, en tu alcoba, cuando despertaste. ¿Te has dado cuenta de que yo podría ser aquel hombre, por mi edad actual?

—Sí —sonrió Alma—. Pero en el acto supe que no eras. Fue instintivo, Dan. Además, tu nobleza de rostro... y tus ojos. No tienen el color de los de aquel hombre.

—¿Recuerdas el color?

—Sí. Eran pardos, de tono casi verde. Inconfundibles, Dan.

—¿Pardos? Juraría que conozco a alguien con ese color de ojos...

—Cochran los tiene —rió Alma—. Pero él no puede ser Ned Bartok.

—¿Ned Bartok? —Dan frunció el ceño—. ¿Así se llamaba el asesino?

—Sí.

—¿Y por qué no puede ser él?

—Oh, Cochran tuvo mil ocasiones de matarme, si hubiera querido hacerlo realmente.

—Ya, Pero, a pesar de todo, podría haberlo sido. Claro que, según eso, Wilby, el muchacho que trabaja, de barman también es sospechoso, puesto que sus ojos tienen ese color...

—No sigas, Dan —interrumpióle ella, sonriente—. Por ese camino no se escaparía nadie a las sospechas. Unos ojos no son pista suficiente y...

—Sí —interrumpió él ahora, apasionadamente—. Unos ojos, si son de un ser amado, resultan inconfundibles.

Y acto seguido se inclinó sobre ella y la besó ardientemente.

—¿Crees tú que hay motivos para sentir ese miedo? —Es, desde luego, perfectamente comprensible. Sobre todo, siendo mujer. Y yo me pregunto ahora. Rodney... ¿Existe realmente Ned Bartok, el loco sádico de doce años atrás?

—¡Dan! ¿También tú vas a creer en esas cosas? —se sorprendió Rodney.

—No creo ni dejo de creer. Es una historia fantástica e improbable. Pero nunca se puede estar seguro de nada, con la mente de un loco. Lo cierto es que por dos veces se atentó contra la vida de Alma.

—Dan, es muy grave asegurar eso. La caída pudo ser casual, y su imaginación hacer el resto.

—¿Y las rocas, el alud que cayó sobre nosotros? ¿Y el hombre con gafas, oculto entre los matorrales?

—Son sucesos extraños, desde luego. Pero podrían obedecer a una reacción de odio de Cochran, por ejemplo. Eso sería más factible, más normal.

—Sí. Pero precisamente lo diabólico, lo siniestro de este asunto, es que hay en él algo *anormal*, algo desquiciado y extraño, que no es fácil de encontrar, ni siquiera de imaginar.

—Lo siento, Dan, pero mi imaginación no es como la tuya. Los músicos sois más imaginativos, más propicios a la fantasía..., quizá porque sois artistas.

Dan Kervin tuvo una fugaz impresión de haber oído algo raro durante su charla con Rodney, pero no logró dar con ello, al repasar lo que hablaban, mentalmente. También tuvo consciencia de que aquella mañana, con Alma en la roca, había oído algo que le despertó una idea. Pero el algo y la propia idea, se evadieron antes de que pudiera aferrarlos.

Sí, podía ser mala cosa el exceso de imaginación. Ya sobraban factores inquietantes y fantásticos en el misterio de El Promontorio. Si el misterio existía...

El sargento Scott no había vuelto a dar señales de vida tras la llamada telefónica recibida por Gladys. La tía de Alma había transigido, un poco malhumoradamente, a esperar al lunes para ver partir a Dan Kervin. No le gustó la idea de saber que ambos iban a practicar pesca submarina en los arrecifes. Su mirada hacia Dan fue algo así como una muda advertencia: «Si a ella le sucede algo, tú

serás culpable. Y haré que te sienten en la silla eléctrica por ello».

Era un pensamiento doloroso para él. Pero Gladys tal vez tenía motivos para recelar de un extraño. Sobre todo, sabiendo que el auténtico D. K. había muerto acuchillado en su alojamiento de Nueva York...

Ahora, Rodney y Dan Kervin estaban hablando en el bar de Wilby. Ni Cochran ni Hammers estaban por allí.

—De todos modos, si te ausentas unos días, vigilaremos a Alma, no temas —dijo Rodney, gravemente, tras reflexionar largo rato—. Tía Gladys y yo cuidaremos de ella. De ser preciso, alquilaremos a un detective privado o cosa parecida, y le haremos vivir en la casa, cerca de Alma, como si fuera un sirviente.

—Sí, sería mejor adoptar precauciones. Así yo me iría tranquilo...

Sorbieron sus vasos de *whisky* con soda y hielo. Dan clavó los ojos en la calle, a través del ventanal. Vio salir de un edificio al viscoso Hammers, qué cruzó la calle silbando, con las manos en los bolsillos de su eterno traje blanco, hacia el bar de Wilby.

Al ver a Dan allí, pegó un respingo, e hizo una retirada ratonil, a largas zancadas, hacia otro local situado más arriba. Wilby les traía ya otros dos vasos de *whisky*. Dan inquirió:

—¿Hammers vive en el hotel ése de enfrente, Wilby?

—¿Ahí? —El barman denegó—. Oh, no. Tiene una casucha en la playa, a menos de doscientas yardas de aquí. Habrá ido a alguna cosa, aunque creo que Carson, el encargado del hotel, no le tiene la menor simpatía...

—¿Acostumbra a haber muchos huéspedes en esta época del año?

—Bastantes.

Dan no comentó nada. Poco después, pagaba, y se despedía de Rodney, que se quedó bebiendo en el bar. Kervin cruzó la calle. Se detuvo ante la puerta del hotel. A aquella hora de la tarde, con el sol cayendo a plomo en la población, no se veía a nadie en el *hall*.

Carson, el viejo encargado, dormitaba en una silla de mimbre, tras el *comptoir*.

Despertó al inclinarse Dan sobre el mismo y dar un leve golpe al timbre. Alzó la cabeza, calva y sudorosa, enarcó las cejas y luego sonrió.

—Hola —dijo—. Usted es el novio de Alma Lambert, ¿verdad?

—Sí. Dan Kervin. Usted será Carson, seguramente.

—Eso es. Para servirle. ¿Necesita algo, señor Kervin? ¿Una buena habitación?

—No, gracias. Me alojo en una residencia, junto a la casa de los Lambert —sonrió Dan—. Me gusta aquel paraje. Y me gusta separarme lo menos posible del lugar donde vive mi prometida. Oiga, Carson, ¿verdad que Hammers salió de aquí hace poco?

—¿Esa rata de Hammers? Sí, le vi salir. No me gusta que venga, pero al parecer anda metido en líos con las autoridades de la costa, y le citaron aquí.

—¿Quién le citó? ¿La policía?

—En cierto modo, sí —tomó el libro-registro, abrió por la hoja del día, y le mostró a Dan Kervin uno de los casilleros—. Mire ahí.

Dan se inclinó. Leyó: «Howard L. Mason. Delegado Federal de Represión de Contrabandos». Silbó entre dientes, y alzó la cabeza.

—Vaya. Un pez gordo de Washington, ¿no?

—Sí. Un tipo del

F. B. I.

Es huraño y poco hablador. Y no se le escapa detalle. No sale apenas, en los días que lleva aquí. Anda tras de algo serio, señor Kervin. Algo que ocurre en El Promontorio, con el contrabando...

—Y llamó a Hammers, ¿eh? Es interesante... —Se inclinó sobre Carson—. Gracias, amigo. Tenía interés en ese tipo, Aaron Hammers. No me es simpático.

—Dígame de alguien a quien le sea simpático un buitre, y lo crearé mejor que si me jura que hay un tipo capaz de apreciar a Hammers —rezongó Carson—. Es una rata vil y venenosa, siempre dispuesto a servir al que le pague bien, aunque sea para matar a su propio padre.

—Sí, es justamente lo que suponía de él —sonrió Dan, agitando una mano, y saliendo del hotel.

Se encaminó de nuevo hacia su coche. Iba pensando en la visita de Hammers al federal de Contrabando, residente en El Promontorio. Otro eslabón en la cadena... Pero, como todos, seguían inconexos, sin la menor relación entre sí.

Faltaba, quizá, un solo eslabón. El que aunara todos aquéllos, el que diera sentido al enigma de El Promontorio...

Puso su automóvil en marcha. Pronto iba a caer la tarde del sábado. Y cuando amaneciese un nuevo día, ése sería el último de Dan Kervin en aquel lugar. El último cerca de Alma Lambert...

Jamás un domingo sería tan penoso como aquél...

CAPÍTULO VIII

—Éste es el lugar. —Alma señaló el punto exacto.

Dan redujo la marcha del motor de la pequeña canoa. Echó el ancla, y miró alrededor. Agua y rocas formaban allí un bello paraje, a alguna distancia de la playa.

Se inclinó a recoger sus depósitos de aire comprimido y la máscara submarina. Alma, embutida en un traje de goma, ceñido al cuerpo, lo mismo que él, le sonrió, imitándole.

—Empieza la gran cacería, Dan —anunció—. A ver quién gana y trae más y mejores piezas. El que lo haga así, ganará. Y tendrá derecho a pedirle algo a su contrincante vencido. Y a que se le conceda.

—Si pierdo, me someto. Pero con una condición. No podrás pedirme que me quede después del día de hoy. ¿Convenido?

Alma hizo un mohín de disgusto. Pero afirmó.

—Convenido —dijo—. No caes en las trampas, ¿eh, Dan?

—Sería muy mal buceador si me dejase coger en una red tan evidente —rió Dan—. Vamos, te ayudaré a ponerte todo eso. Ten mucho cuidado, Alma. No estás ahora lo bastante entrenada. Nos sumergiremos poco a poco. Primero a menor profundidad, luego volveremos arriba, y así sucesivamente, descendiendo cada vez un poco más. ¿Convenido?

—Sí, profesor —sonrió ella, ajustándose la máscara. Ya llevaba las aletas de goma, el indicador de presión y de profundidad, y todo en orden—. ¡Vamos allá!

Dan Kervin terminó de ajustarse su propio tubo respiratorio a la boca. Luego, se lanzó al mar, dos segundos después de hacerlo Alma.

El azul les engulló, penetraron súbitamente en el extraño,

luminiscente mundo submarino...

Un denso surco de burbujas se proyectó hacia la superficie, como estela de su avance, al brotar el aliento de los buceadores por la válvula de salida de sus equipos. Los dos cuerpos, como peces extraños, intrusos en el mundo de las profundidades, descendían, ligeros y diestros, hendiendo las aguas.



En un punto determinado, Dan hizo una seña y comenzó a ascender de nuevo. Cuando alcanzó la Superficie, esperó a que apareciese Alma. Ella salió, un poco más allá. Le agitó una mano, en señal de que todo iba bien. Hablar, hubiera sido inútil. Entre las máscaras submarinas, los chirridos de las gaviotas, y el rumor del oleaje entre las rocas de los arrecifes, todo otro sonido hubiera sido inaudible.

Volvieron a sumergirse. La operación se repitió, con inmersiones cada vez más profundas, varias veces. En la última, se sometieron a una mayor presión, al bajar más y más, buceando por encima de algas y rocas de rara configuración, igual que dos singulares aves, flotando en el aire denso y líquido de un mundo fabuloso.

Los peces huían en bandadas a su paso. Dan sonrió, preparando su fusil submarino.

Alma ya llevaba el suyo dispuesto. Se alejó en dirección opuesta a la suya, hacia las rocosidades que formaban la base de los arrecifes exteriores, y su cuerpo esbelto, ágil, envuelto en la goma azul de su traje submarino, comenzó a reptar, filtrándose por entre afiladas rocas, penetrando en zonas donde solamente los delfines parecían capaces de aventurarse sin riesgo, soberbios y ágiles.

Dan inició la búsqueda por otro lado. No le gustaba la idea de apartarse de Alma; pero ésta, amante del mar y de sus maravillas, y con espíritu de deportista, no cedería en la pugna por buscar su presa dondequiera que estuviese, para dispararle el arpón de su fusil submarino.

Después de todo, pensó Dan, quizá era más seguro el fondo del mar para Alma, que la firme tierra que pisaban habitualmente. El mismo se aventuró también, por entre increíbles dédalos de rocas, aunque sin perder de vista la figura de Alma, asomando de vez en cuando entre bosques de algas, rocas o líquenes de vivos y bellísimos colores.

Kervin pasó por entre dos grandes rocas, y un pez grande y plateado saltó vivamente ante él, hundiéndose tras ellas con celeridad. Se lanzó raudo en pos suyo. Con el fusil por delante, avanzó a través de las aguas, rodeó las rocas, y se metió dificultosamente entre otros dos largos, afilados peñascos. Más allá, el pez, como una mancha plateada, rápida y centelleante, se dibujó nítido contra el fondo oscuro de una boca o caverna.

Dan aceleró, raudo, y llegó frente al pez, que ya penetraba en la caverna. Dan, sin perder tiempo, apretó el gatillo. Se disparó su fusil. Con un chasquido, el arpón, sujeto al cable, hendió las aguas y perforó en su mitad al pescado, que coleó, desesperadamente, vencido por el intruso de las profundidades.

Kervin avanzó unas yardas más, alcanzando al pez. Lo tomó, arrancándole el arpón, y lo colgó de su cintura. Entonces se dispuso a poner de nuevo el proyectil punzante en el rifle submarino, maniobrando habilidosamente en el fondo.

Sus ojos, a través del cristal de la máscara submarina, descubrieron de súbito, reflejos metálicos dentro de la hendidura o cueva natural, formada en las profundidades.

Sorprendido, tomó su lámpara eléctrica del cinturón. La asestó sobre la cueva, y oprimió el resorte. Un chorro de luz dio un azul fantástico a las aguas, y resaltó colores inverosímiles en el fondo del mar.

Pero Kervin no tenía ojos para las bellezas naturales del mundo acuático, sino para los objetos que aparecían ante su vista, dentro de la gruta.

Eran largas cajas rectangulares, de un material similar al plomo, metálicas y herméticas, alineadas en el fondo de la gruta, no muy grande de proporciones, pero sí notablemente oculta. A no haber sido por la peripecia sucedida con el pez, huyendo de su captor submarino, jamás la hubiera encontrado.

Dan Kervin se quedó perplejo. Recordó algo que oyera en una ocasión: «Estas costas están muy vigiladas, pero nunca en grado suficiente. Hay contrabandistas; drogas, joyas, perfumes y todo eso...».

Aquello no parecía ser nada de «todo eso». Demasiado volumen para contener cosas valiosas, pero de reducido tamaño, como gemas, estupefacientes o perfumes costosos. ¿Qué podían contener aquellas cajas?

Descendió un poco más. La luz de su lámpara pegó de lleno en las superficies metálicas, mates. Unas letras negras, casi borradas, aparecieron ante sus ojos. Leyó dificultosamente:

«Conservas alimenticias Cochran And Co.

Exportación».

De modo que él tuvo razón. Conservas alimenticias. Y guardaditas en el fondo del mar, en una gruta natural que sólo por pura casualidad podía hallar alguien...

A su espalda, sintió el burbujeo de una válvula de salida de aire, el movimiento de un buceador que se acercaba. Se volvió, dispuesto a llamar por señas a Alma, para que viera su extraña «cacería» en el fondo del mar.

En el acto mismo, al girar la cabeza y cuerpo, se percató del peligro.

¡Aquel buceador de traje de goma negro, cuya máscara le ocultaba por completo el rostro, no era Alma! ¡Empuñaba un fusil submarino, e iba directamente hacia él!

Antes de que Dan pudiera hacer absolutamente nada, el hombre-rana de traje negro, disparó su fusil.

El dardo mortífero, voló hacia Dan, con una estela de burbujas tras de sí, rompiendo las aguas a su paso...

* * *

Quizá nunca estuvo Dan Kervin más cerca de la muerte. Su cuerpo, de un modo casi mecánico, se había agitado, removiéndose violentamente en las aguas. Se levantó una nube de fango, y desplazóse ligeramente unas pulgadas a un lado.

Eso le salvó. El dardo del fusil acuático había sido disparado a su cuello. Era un tiro formidable, pero el desplazamiento instintivo de Kervin, impidió que hiciera blanco. El disparo del asesino de las profundidades, pasó muy cerca de él. Pero no le tocó.

Rápido, Dan lanzóse tras el hombre del traje negro. Pero rápidamente, el tirador había emprendido la retirada, al advertir el fallo de su disparo. Esgrimía un cuchillo ahora, y parecía dispuesto a plantar batalla a Dan, pocas yardas más arriba, cerca de la superficie.

Dan Kervin se dispuso a luchar contra el criminal.

Su mano buscó rápidamente el cuchillo que ningún buceador deja lejos de sí, al sumergirse. Empezó la marcha a creciente velocidad.

Nunca supo lo que hubiera podido ocurrir en la pugna; pero, de súbito, un tercer personaje emergió a su derecha, entre las rocas.

¡Era Alma!

Se volvió, agitando sus manos, para indicarle que se apartara de allí, que corría serio peligro.

Pero Alma no le hizo caso y se movió como una flecha hacia el hombre de negro, intuyendo sin duda al enemigo sumergido. Dan, rápido, impidió que ella se mezclara en la pugna. Ni siquiera llevando, como llevaba, el fusil submarino, podía dejarla enfrentarse a un criminal.

Alma pugnó por desasirse, pero Dan la retuvo, enérgico. Tenían tan cerca sus caras que, a pesar de las máscaras, se veían perfectamente el uno al otro. Por fin, Alma cedió, se dejó dominar. Dan se revolvió, pidiéndole el fusil submarino.

Pero ya era tarde. El hombre de negro se alejaba vertiginosamente, y era inútil pretender cazarle. Había preferido huir, eludiendo la lucha.

Quizá fuera mejor así. Pero quería saber quién era el fallido asesino. Aunque casi tenía la seguridad absoluta de saberlo...

Hizo un gesto a Alma. Regresaría a la superficie. No se molestó en recuperar su pez ni su fusil submarino. El de negro podía regresar con otros. Aquél era un nido de contrabando muy valioso, y no vacilarían en matar a los dos para ocultarlo a todo el mundo.

Ella asintió, comprendiendo al ver lo que le señalaba Dan con su linterna proyectada sobre las cajas metálicas. Ambos regresaron a la superficie. Poco después, con gran alivio, descubrían que su canoa continuaba en los arrecifes, sin novedad alguna, y que no había el menor rastro de persona alguna o de embarcación inmediata.

—Debió de llegar desde la costa —dijo Dan, respirando hondo al quitarse máscara y depósitos de aire comprimido—. Esas calas de enfrente están desiertas, y le habrá sido fácil a cualquiera espiarnos desde allí con unos prismáticos, partiendo luego en busca nuestra el buceador asesino.

—Eso de abajo, ¿qué puede ser, Dan? —preguntó Alma, también sin alientos.

—Contrabando. Lo raro es que son cajas de exportación. Y dicen que llevar productos de contrabando fuera del país no es gran negocio. No lo entiendo. Pero ahora iremos a ver al federal que está en El Promontorio. Él nos lo resolverá, sacando lo que hay ahí. Creo que unos cuantos van a ir a presidio por un puñado de años... si no

algo peor.

Emprendieron el regreso hacia las calas. De la que ellos salieron, la más próxima y escondida, pronto vieron la franja arenosa, y las rocas, entre las que el agua formaba crestas de espuma...

Varó Dan hábilmente la canoa en la arena. No había tiempo de ir en canoa a Punta Arena. Desde allí, buscarían en la carretera inmediata algún coche, y le pedirían ir en el acto a El Promontorio, a denunciar lo sucedido.

Saltaron por entre las rocas, y de súbito, Alma lanzó un grito agudo, terrible. Se paró en seco, intensamente pálida, y señaló ante sí, a un punto que ocultaban las rocas, negruzcas y cuajadas de moluscos.

Dan miró hacia allí también, y los cabellos se le erizaron.

Yacía boca abajo, sobre la arena. Era el cuerpo de un hombre. El agua le cubría a medias, pero no lograba moverlo. Vestía un traje de submarinista, totalmente negro, brillante de agua. De su espalda, emergía el feroz arpón de un fusil submarino, disparado contra sus omóplatos.

—Está muerto —dijo Dan Kervin sordamente, después de examinarlo—. Es el mismo que nos atacó en el fondo del mar...

—Dios mío... —Alma se tambaleó—. Es..., es horrible. ¿Le conocemos?

Dan le arrancó la máscara submarina. Asintió luego gravemente, y clavó sus ojos en Alma.

—Sí, le conocemos bastante. Es Aaron Hammers, el hombre más aborrecido y servil de El Promontorio. Ya no podré saldar mi deuda con él. Le han asesinado, Alma... con un fusil submarino disparado contra su espalda...

CAPÍTULO IX

En menos de cinco minutos estuvieron vestidos, y dejaron los trajes en su canoa. La presencia del cadáver de Hammers, inerte sobre la arena, les daba alas a ambos. No era agradable continuar allí. Además, Dan pensaba que el que apretó el gatillo del fusil submarino, y mató a Hammers, podía estar aún por allí, agazapado, con otro fusil igual, dispuesto a matarles también a ellos... Pero se abstuvo de indicar tal posibilidad a Alma.

—Vamos —invitó al terminar—. Corramos a la carretera, Alma. Es preciso que pronto sepa alguien lo del crimen...

Ella asintió. Saltaron por entre las rocas, alejándose de la franja arenosa y curva, en forma de herradura, de la cala, lugar muy oculto para los que transitaran por la carretera.

Cuando alcanzaron la ancha pista de asfalto, tuvieron un suspiro de alivio.

Un automóvil se aproximaba, a no mucha velocidad. Era un «Pontiac» verde, con matrícula de Washington, D. C. Dan, observó, con estupor y júbilo a la vez, que sobre su matrícula, un escudo del Federal Bureau of Investigation, o F. B. I.,

destacaba tan nítidamente como en su radiador, reproducido también en esmalte el escudo de los famosos *o Government-Men*. *G-Men*,

El coche venía de El Promontorio. Era evidente que el agente federal, especializado en contrabando, Howard L. Mason, acudía allí, atraído sin duda por su propia perspicacia, o tal vez por algún informe confidencial.

—¡Es el agente federal de El Promontorio, Alma! —exclamó Dan Kervin—. ¡Estamos de suerte, querida! Creo que esto se terminará

de un momento a otro...

Agitó su mano, haciendo vivas señas al coche que se aproximaba. Su conductor, con un sombrero tropical de color gris perla sobre su rostro, frenó rápidamente el vehículo, pasando ligeramente a Dan y a Alma, pese a ello. Pero Dan se precipitó rápidamente a la portezuela, asomó, al abrirla, y exclamó:

—¡Abajo, en la cala, se ha cometido un asesinato! ¡Alguien ha clavado un arpón de fusil submarino a Aaron Hammers! ¡Y hay una cueva submarina con cajas de contrabando, propiedad de Elmer Cochran, en los arrecifes!

—¿De veras? —El agente federal, inclinado sobre el volante, no se había vuelto. Cuando lo hizo, su cabeza giró lentamente—. Eso es muy interesante, señor Kervin...

Al volverse, el sombrero no bastó a disfrazar sus facciones.

Dan Kervin se quedó petrificado. Alma lanzó un chillido terrible, y aunque intentó huir, sus piernas se negaron a moverse del sitio

—¡Es él! —gritó la joven, con acento desgarrado—. ¡Es él, Dan!...

Y tras un silencio breve, que Dan fue incapaz de romper, añadió con voz trémula:

—Ese hombre... *¡ese hombre ES NED BARTOK, EL LOCO ASESINO!*...

Parecía ser cierto lo que Alma decía, porque el conductor del «Pontiac» estaba ya encañonándoles con una pistola automática de calibre cuarenta y cinco, realmente poderosa y temible. Un solo balazo de aquel arma, destrozaría la cabeza del elegido como blanco.

El hombre que aparentara ser agente federal, sonrió duramente y habló:

—Tiene muy buena memoria, Alma Lambert... Muy buena memoria. La felicito... Soy, en efecto, Ned Bartok. Y estoy a punto de realizar mi venganza...

Dan Kervin, lívido, incrédulo, habló tras un silencio, con voz sorda:

—No sé cómo pudo ocurrir, no sé lo qué ha sucedido exactamente, para que esto sea posible. *Va contra toda lógica, contra toda razón..., pero este hombre a quien tú has llamado Ned Bartok..., para mí tiene otro nombre. Para mí es Dick King, muerto en Nueva York, entre mis propios brazos... Dick King, el auténtico D. K., el autor*

de esos «blues»...

CAPÍTULO X

El automóvil avanzaba rápidamente por la carretera.

Al volante, iba Dan Kervin. Junto a él, Alma Lambert. Y detrás, apoyando el cañón de la automática en la nuca de la joven, el hombre que para Alma era Ned Bartok el loco. Y para Dan, un hombre muerto en Nueva York, un hombre a quien había asistido en sus brazos, un hombre a quien vio expirar, desangrado, y cuyos ojos cerró, piadoso, tras la muerte. Un hombre enterrado en el cementerio de

Queen's,

en presencia de la policía, del sargento Scott.

Inaudito. Imposible... Pero estaba sucediendo. Y él era testigo, asombrado e incrédulo testigo.

Por si había alguna duda, allí estaba la mano derecha del hombre que dijera llamarse Howard L. Mason, que dijo ser agente del

F. B. I.,

encargado de la represión del contrabando, que adornó su coche con escudos de la Oficina Federal, audazmente. Audazmente, porque él era audaz en todo.

Su mano derecha estaba prácticamente inútil, sólo la zurda le era hábil. Tras las gafas oscuras, similares a las de Dan, unos ojos pardos, agudos y fríos, los mismos ojos que él trató en vano de recordar cuando Alma le describió a Ned Bartok... Unos ojos que varias veces habían pasado por su imaginación, en especial al evocar unas gafas brillando en la espesura del promontorio, el día del alud...

Eran las gafas de Richard King, por supuesto... ¿Pero quién podía pensar tal cosa, si King era un hombre muerto? Y, sin

embargo, aquél era él mismo; con sus pardos ojos de escasa visión, ayudados por los cristales especiales de sus gafas, con su zurda útil y su diestra casi inerte... con su pierna renqueante... Pero, armado de una pistola. Y ávido de matar...

La mente de Dan era un aquellarre de ideas absurdas. Éste, solamente éste, había sido el eslabón imposible, el que jamás resultaba. Porque Alma corría peligro, estaba amenazada de muerte... Pero ¿por qué matar a Dick King? ¿Por qué?

Y, de súbito, la revelación. Dan respiró hondo cuando oyó hablar con voz sardónica a King, a sus espaldas:

—No pasas a creer esto, ¿eh, mi querido amigo Kervin? Yo, el difunto... vuelvo a la vida. Y no para reclamar mi propiedad de los «blues» o de esta bonita muchacha..., sino para matar. Para mataros a los dos. ¡Vamos, sigue conduciendo, no te distraigas! Antes de que logres algo, mataré a Alma...

—Estás en un error, King —habló fríamente Dan—. No estoy tan desconcertado como crees ahora, todo es tan fácil, tan claro...

—¿Sí? —El asesino rió, maligno—. Veamos, veamos cómo lo explicas...

—Muy fácilmente, Dick. Tú eres Richard King. Pero tu nombre real es Ned Bartok, un asesino demente; un loco lleno de sadismo..., e inteligencia.

—¡Si me llamas loco, te mataré! —aulló frenético King.

—Está bien, no te lo llamaré. Pero eres Ned Bartok, el hombre juzgado hace doce años; el que juró matar a Alma. Y sólo los anormales guardan así un rencor, un odio, y cumplen, tarde o temprano, lo prometido. Tú vas camino de hacerlo, a lo que veo.

—No hace falta ser muy listo para ver eso. Pero ¿y mi cadáver en Nueva York? ¿Cómo te explicas eso, Dan, amigo? Anda, dame una explicación lógica...

—Está en ti mismo y en tu historia, King. ¿O prefieres que te llame Bartok? Tenías un hermano gemelo, Herb Bartok, un gran concertista, *un músico*. Músico. Eso debió de hacerme pensar. Los dos erais músicos, en realidad. Pero, tú, sólo de música moderna. Dos gemelos iguales. Sólo Alma os diferenciaba, por una señal en la mejilla. Mira, ahí la tienes. Ese lunar en forma de triángulo... Yo no observé tanto. Para mí, el muerto eras tú. No advertí, torpe de mí, que al hablarme, no me llamó «Dan» ni una vez, que habló como tú

nunca hablabas... y que al agitarse, moribundo, movía *ambas* manos, cuando tú no puedes manejar tu derecha fácilmente. Creí que era Dick King, porque era igual que el Dick King que yo conocía, e ignoraba la existencia de un gemelo. No pude observar entonces que él me hablaba de un telegrama enviado aquí, a Alma, a quien quería ver, hablar de algo... y *él* no le dejaba... Todo eso era absurdo en labios del auténtico Dick King, pero yo no pude advertirlo. Era Herb quien, conocedor del paradero de Alma, y sabiendo que se escribía con un supuesto Dick King, que era en realidad su hermano, quería avisarla. Pero antes había advertido al hermano. Acudió a su casa a verle. Y ahí comenzó su error.

—Sigue, Dan. Parece mentira que sepas tantas cosas. Es como si las hubieras presenciado —rió el demente, con sadismo.

—Herb te visitó. Tú le mataste. No él a ti..., sino tú a él. Yo encontré muriendo a Herb. Y, para mí, fue Ned; o sea, Dick King. Ocupé su puesto, para descubrir la verdad, pensando que la clave de todo estaba en Alma, en su ambiente, en su familia. Mis teorías se vinieron por tierra. Casándose, no perjudicaba a nadie. Además, Alma había sufrido un atentado. Intentaron arrojarla por un promontorio abajo. Eso complicaba el caso. Siempre habría un sospechoso... menos el auténtico, que estaba al margen de toda sospecha...

—¿Y cómo podía yo actuar en Nueva York y en El Promontorio, indistintamente?

—No era difícil. Eres muy hábil; lo has sido siempre. Gracias a eso escapaste una vez del manicomio del Estado. Localizada Alma Lambert en Florida, por un anuncio de «Corazones solitarios», empezó tu plan cuidadoso, perverso y lento. Buscaste a alguien en El Promontorio que, cobrando dinero a cambio de su labor, fuese tu compinche. No era un elemento inteligente, pero sí falto de escrúpulos: Hammers. El empujó a Alma. Y falló su intentona. Hammers trabajaba también con los contrabandistas, con Cochran y su grupo. Imagino que exportan víveres enlatados a América del Sur. Y, bajo las latas, en compartimentos especiales, irán armas. Armas americanas, es lo único que daría dinero, vendido a pequeñas Repúblicas en guerra civil, o a grupos revolucionarios más o menos organizados. Sería el gran negocio de Cochran. Pero Hammers jugaba su doble juego, sirviéndote a ti. Hoy, al vernos

rondando la cueva, quiso matar dos pájaros de un tiro: poner a salvo el contrabando, y cumplir tus órdenes. Una vez más fracasó. Y a ti, que en tu papel de supuesto agente del

F. B. I.,

habías venido a El Promontorio tras tu desaparición de Nueva York; como ya no te hacían falta auxiliares torpes, le mataste con un rifle submarino, y te dispusiste a dar el golpe de gracia, esperándonos en el coche. Sabías que yo conocía la presencia de un supuesto agente federal en la localidad... Sin duda, incluso me oíste preguntar en el hotel; me viste entrar y salir. Yo me fiaría de ti, como agente, si nada sospechaba. Y nada podía sospechar. Aunque pensara que era cierto que Ned Bartok existía, ¿cómo relacionarlo con Dick King, con el desaparecido, el llorado D. K.? Ni siquiera era fácil que captara tu desafío a la ajena astucia, al mantener las iniciales de tu nombre pero al revés. Ned Bartok. Las dos últimas letras, son D. y K.

Luego, al adoptar tu nombre imaginario de Richard King, o Dick King, la D. y la K. se mantuvieron. Pero eran ahora las primeras. Un alarde más de superioridad del loco que se cree genial. Pero todo puede descubrirse, todo puede ahondarse. Debía imaginarlo cuando habló Alma de que solamente con gafas se podía ocultar un color de ojos, si las gafas eran oscuras. Pensé en mí... y en ti. Pero siempre lo mismo: tú estabas muerto. Quedabas al margen, por esa falsa realidad.

—Eres muy astuto, Dan. Lástima que el último eslabón lo has conocido tarde. El día que viste el brillo de mis gafas en el promontorio, al marcharse Rodney Lambert, y antes de iniciar el alud, temí ser descubierto. Cuando preguntaste al encargado del hotel, y él estuvo a punto de decirte que era raro ver a un federal con una mano inválida y ligeramente cojo, también. Procuraba no ser visto de ti, porque sabrías en el acto que King vivía. Y de Alma, porque descubriría que Ned Bartok estaba ya tras ella, según lo prometido.

—Dios mío, King. ¿O prefieres que te llame Bartok? ¿Cómo es posible dedicar toda una vida a buscar a una mujer, a vengarse de una criatura que declaró contra ti..., sin posibilidad de perdón, de humano olvido? Es monstruoso, Bartok. Realmente monstruoso.

—Tenía que hacerlo, Dan. Ella me destrozó, hundió mi vida. No

soy un loco... —Y el brillo demente de sus ojos le desmentía por completo—. Aquel viejo crimen, Dan... *Aquel crimen lo cometió Herb, mi hermano bueno y noble...*

—¡No, no es cierto! —gritó Alma, rebelándose—. ¡Yo vi su mejilla, vi esa peca en forma de triángulo!...

—Nada mejor que imitar esa peca —sonrió tristemente Ned Bartok—. Usted, Alma, se equivocó. Sin querer, se equivocó. Y yo sufrí el cautiverio, la condena, el peligro de verme en la silla eléctrica. Era injusto, monstruoso, que mi hermano, con una sólida coartada, tan falsa como Judas, se quedara al margen de lo que él hizo... y pagara yo. Pero escapé, sin olvidar mi deuda con usted, con todos los que, como usted, mandan a un inocente a la silla, sin pensar en el tremendo valor de su testimonio ante los jueces, sin estar realmente seguros de nada. Un testigo, las más de las veces, es un monstruo. ¡Herb era el que estaba loco, el que cometía delitos sádicos, aunque luego curó, en manos de un gran alienista suizo, y se hizo un hombre normal, horrorizado de su pasada insania! ¡Se hizo un concertista famoso, un gran hombre mundial, y yo seguí siendo el paria, el perseguido, el demente homicida y feroz! Claro que luego quiso rectificar el viejo mal. Vino de incógnito a los Estados Unidos, me visitó aquella madrugada en Nueva York, me dijo que había enviado un telegrama a Alma, avisándola de mi personalidad y propósitos... Pero que también iba a verla, a referirle la verdad de entonces, a purgar sus delitos... Me exasperé. El podía purgar. ¿Pero, y ella, y Alma Lambert, que me lanzó a la condenación? No era justo, no. Todos debían purgar, ¡todos! Y maté a Herb, porque merecía morir. Y juré continuar mi tarea de matar a Alma, que tan bien había iniciado, con una amistad por correo, de la que ella jamás sospecharía nada, mientras no me viese en persona... Yo sabía ya anteriormente que Herb estaba en el país, intercepté por medio de Hammers, en El Promontorio, su telegrama revelador... Y me dispuse a descargar el golpe decisivo...

—Que es el que viene ahora, ¿verdad, Bartok? —preguntó Dan roncamente, conduciendo con todos sus nervios en tensión.

—Sí. Justamente el que viene ahora —rió malignamente King, o Bartok. Rió como lo que era: un loco, y demente desquiciado por una obsesión de doce años—: ¡*Matar a Alma!*

Y se dispuso a apretar el gatillo de la automática, manteniéndola

apoyada contra el cuello de Alma Lambert...

CAPÍTULO XI

Jamás un hombre pudo ver más cerca la muerte. No de sí mismo, lo cual carecía ya de importancia, sino de la mujer amada, de la mujer a quien había pretendido salvar de todo peligro...

Ned Bartok, iba a cumplir su palabra. Ned Bartok, después de doce años de espera paciente, tenaz, una espera demoníaca, de la que sólo un loco es capaz, iba a matar a la mujer que, siendo una chiquilla, le hizo condenar por los jueces, basándose en un detalle erróneo, falseado por otro más inteligente... Por otro que ahora estaba muerto...

El «Pontiac» corría vertiginosamente bajo su mando. El domingo era apacible, soleado y cálido. Nadie circulaba por la carretera. Nadie podía acudir en auxilio de ellos. Estaban en manos de un asesino demente, que iba a matar, en forma inexorable...

La muerte había de llegar igual para todos. Merecía la pena intentarlo todo. Incluso lo más desesperado.

Al menos, morirían todos...

Raudo, pegó un giro tremendo al volante, haciéndole describir una vuelta completa. El «Pontiac», dócil a la brutal maniobra, viró sus ruedas delanteras, se fue al abismo que corría a su derecha. Abajo, el mar producía espuma entre los arrecifes.

—¡Nooooo! —aulló Ned Bartok, delirante—. ¿Qué haces, maldito...?

Y apretó el gatillo; disparó su automática.

Sólo que Dan, una vez hecho el giro de volante, había caído contra Alma, de costado, derribándola en el asiento. Los dos cayeron, y la bala pasó sobre los cabellos dorados de la joven, y agrietó el vidrio del parabrisas...

Pero ya el «Pontiac» estaba dando tumbos en el aire, cayendo al

fondo del barranco, al mar y a los arrecifes, que combatían entre sí, más allá de la franja arenosa...

* * *

Dan Kervin conservó la consciencia, gracias a que su cabeza, al rebotar dos veces, lo hizo sobre el asiento en que yacía de costado. Su cuerpo se fue contra una portezuela, apretándose al de Alma, que también se golpeaba de costado. De haber ido en otra posición al caer, el embate hubiera sido contra el volante y el tablier, haciéndose mortal por completo.

Cubrió a Alma cuanto pudo con sus fuertes brazos. Atrás, el asesino chilló, desorbitado, y su arma saltó por los aires y golpeó en los vidrios de las portezuelas. El magnífico coche cayó en la arena, rebotó, se fue contra los arrecifes y empezó a dar tumbos, mientras su carrocería se incendiaba al inflamarse la gasolina. Finalmente, se quedó inmóvil, entre varias rocas cuajadas de moluscos y musgo, en el borde del mar.

Las gaviotas se alejaron, chillando asustadas por el fenómeno. El automóvil, volcado, quedóse, ardiendo, en el lugar donde cayera...

Muy despacio, Dan Kervin comenzó a moverse. El olor a la gasolina caliente y en llamas, le hirió el olfato.

Desesperado, pugnó por salir de allí. Alma estaba desvanecida, inerte junto a él. Un golpe en la portezuela la había reducido a la inconsciencia.

Tenía los segundos contados. En cuanto el fuego llegase al depósito de combustible estallarían en pedazos, una llamarada mortal envolvería al coche...

Se incorporó como pudo, sobre el techo del auto, convertido ahora en suelo. Vio a Ned Bartok, convertido en un pingajo humano, rota su faz contra los vidrios, sangrando por boca y nariz, horriblemente.

Por segunda vez, moría Dick King... Pero ahora total, definitivamente...

Dan forcejeó con la puerta. La manivela resistió, sin duda torcida por el impacto. Si la puerta no se abría, estaba perdido. Rápido, tuvo una visión lúcida. Las llaves inglesas y demás objetos contundentes, yacían junto a él. Aferró el mayor.

Cargó contra la ventanilla y destrozó los vidrios. Luego metió la mano por el hueco, sin perder tiempo. Tosía y jadeaba, ahogado por el humo con olor a gasolina. Los segundos se agotaban, llegaban a su fin...

Movida por fuera, la manecilla de la puerta giró. ¡Se abrió la portezuela de golpe!

Dan Kervin no perdió ya ni uno de los preciosos y escasísimos segundos de que disponía ahora...

Cargó con Alma, apelando a todas sus últimas, sus titánicas fuerzas. Salió con ella del coche, corrió un trecho por entre roca y agua, y cayó, golpeándose en aquéllas.

Tras él, a escasa distancia, el coche ardía, crepitaba, despidiendo un calor agobiante, terrible... Allá, en el mar, un yate dominguero se había detenido o avanzaba hacia la costa, atraído por las llamas del siniestro.

Pero si no se movía de allí, llegarían tarde... Se incorporó, tambaleante, con Alma todavía entre sus brazos. Avanzó, tambaleándose cada vez más, hundió las piernas en el agua, avanzó hacia el mar, luego corrió unos pasos, muy pocos. El peso y el agotamiento físico le vencieron. Cayeron ambos, el agua les cubrió...

Simultáneamente, una terrible explosión hizo añicos el «Pontiac». La carrocería verde reventó en mil pedazos, una bola de fuego se elevó en la mañana, y las llamas y chispas cayeron, en lluvia ígnea, sobre agua, rocas y arena...

Dan Kervin y Alma Lambert, unos segundos después, en un mar salpicado de manchas de aceite y fragmentos de automóvil incendiado, emergieron, luchando desesperadamente por la vida...

Se habían salvado. La Muerte pasó, aleteó sobre ellos..., pero no les tomó consigo.

Solamente Dick King, el autor de loe «*blues*» para Alma, el hombre a quien todos creyeron muerto en Nueva York, había caído por fin, víctima de su propia maldad y de su demencia...

Era como un final increíblemente hermoso y magnífico, para una aventura torva y siniestra, a la que jamás esperaron sobrevivir...

CONCLUSIÓN

Gladys Lambert, manteniendo abrazada contra sí a Alma, miró con estupor al sargento Scott.

—¿De modo que cuando me telefoneó, usted sabía...?

—Casi todo. Pero me faltaba comprender aquel enredo —sonrió el sargento Scott, del Departamento de Homicidios de Nueva York—. Por eso quise saber si Dan Kervin estaba en El Promontorio. Eso quería decir que él estaba sobre la pista. Pero que para ello, había engañado a la policía.

—Yo creí de buena fe que King era el muerto. Y quería descubrir por mí mismo al culpable...

—No lo hizo mal, muchacho —rió el sargento—. Pero no se debe de hacer eso. Pudimos haber trabajado juntos. La policía no es tan tonta como muchos novelistas creen. Nosotros no sospechamos del primero que parece culpable. Usted lo parecía hasta el fondo mismo de sus huesos. Sólo un culpable se apoderaría del dinero del auténtico D. K., e iría a la vivienda de la muchacha que se escribía con éste, fingiendo ser el otro... Pero yo vi algo más. Vi que, según el dictamen forense, nuestro hombre muerto en Nueva York no tenía el menor defecto físico. Si su declaración y la de otros varios, era sincera, y no tenían razón para mentir, King era inválido. Eso me hizo sospechar una suplantación. Pero era idéntico al supuesto muerto; todos le identificaban como tal. Envié una foto a la «Interpol». Ellos me lo identificaron como Herb Bartok, el famoso concertista. Eso me asombró. Insistí en la cuestión, y resultó que era Herb Bartok. Empecé a indagar; descubrí la historia de Bartok, del hermano gemelo de Herb, y todo eso. Así llegué hasta Alma Lambert. Entonces, descubrí que King se escribía con una Alma Lambert de El Promontorio, Florida. Rápidamente, me puse en contacto con ustedes. Al saber cae usted, Dan, estaba aquí, me tranquilicé. Eso significaba que sabía algo, que estaba cuidando de

la chica. No quise decir nada, ni interrumpir el curso de los acontecimientos.

—Y si nos descuidamos, todo sale mal —suspiró Dan Kervin roncamente.

—Nadie podía contar con que el supuesto agente del

F. B. I.,

era Bartok, suplantando a un auténtico federal, de quien se deshizo en Miami hace días. Era cierto que el

F. B. I.

andaba detrás de la pista de ese contrabando de armas en gran escala, con rumbo a determinadas y levantiscas repúblicas sudamericanas, que era el gran negocio de Elmer Cochran. Y Howard L. Mason era el encargado de ello en Florida. Bartok lo redujo ingeniosamente en Miami, y lo envió, narcotizado, en un barco contrabandista, que Hammers le proporcionó, para deshacerse del tal federal sin asesinarlo.

—Menos mal que, al menos ahí, una vida se salvó. Hammers no tuvo tanta suerte.

—Claro. Era una rata que servía a demasiados dueños —sonrió Scott—. El más duro y despiadado de ellos, Bartok, lo liquidó al fracasar de nuevo en su juego. Luego, les esperó, dando vueltas por la carretera, con la intención de asesinarles fácilmente en su coche, y dar por zanjado el asunto, que empezaba a resultar peligroso. Yo acababa de llegar a El Promontorio, pero era tarde para intentar cosa alguna. Usted, Dan, es quien lo resolvió todo. Sin embargo, de haber actuado conjuntamente usted y nosotros, pudo haberse terminado este asunto mucho antes. Eso le enseñará que no es lo mismo tocar una guitarra eléctrica que hacer de detective, aunque lo hiciese tan perfectamente...

Alma le sonrió, con su faz todavía muy pálida y demacrada. Incluso tía Gladys le dedicó un gesto de disculpa al decirle:

—Kervin, discúlpeme. Yo le creí un canalla. Y Alma le debe la vida... ¿Podrá olvidarlo alguna vez?

—Claro que lo olvidará —rió el sargento Scott—. En cuanto se case con su sobrina, todo eso quedará atrás.

—¿Casarme? Oh, no —objetó Dan—. No es posible aún.

—¿Por qué, Dan? —Ella se irguió, desolada—. No me amas, ¿verdad? Terminó el juego con descubrir al culpable y...

—No es eso, Alma. Pero yo soy sólo un pobre músico sin empleo. ¿De qué ibas a vivir a mi lado? ¿De tu dinero? Fea y penosa situación sería la mía, Alma, compréndelo. Prefiero marcharme, buscar algún trabajo, volver luego a por ti...

—Un momento, muchacho —cortó el sargento Scott de buen humor—. Creo que, una vez más, se precipita. Y comete el error de no contar más que consigo mismo.

—¿Con quién podré contar, entonces, en este caso? —preguntó Dan, amargamente.

—Debería de contar con la recompensa oficial que el
F. B. I.

de Washington tiene ofrecida a quien descubra contrabando de armamento y similares. Le corresponden exactamente veinte mil dólares por el hallazgo de la cueva submarina, la carga de armas, y la captura de Cochran.

—¡Veinte mil dólares! —Dan Kervin parpadeó, estupefacto—. ¡No es posible!

—Vaya si lo es —rió el sargento—. Ahora le daré el cheque, en nombre de la Oficina Federal de Washington, muchacho... Y le deseo una feliz luna de miel...

—Dan... Todo es maravilloso ahora... —musitó Alma, acercándose a él.

—¿No te importa que yo... no sea el D. K. que suponías?

—¡Tonto! Tú eres mi D. K., por encima de todo —le besó en los labios. Luego, al apartarse, sonrió—. Te amo. Te amé siempre a ti, no al de las cartas...

—Alma. Ya sólo queda una cosa entre nosotros... que nunca fue mía.

—¿Y es...?

—Esos «*blues*» que tanto te gustaron...

—Me gustaron porque creí que eran tuyos... Ahora, los detesto. Así que los «*blues*», Dan..., para el muerto.

Alargó la mano y rasgó las partituras que yacían sobre la mesa. El sargento Scott sonrió, entregando a Dan su cheque de recompensa. Alma besó a Kervin, con fuerza, en los labios.

Y Rodney, sonriente, guiñó un ojo a tía Gladys, y con un suave puntapié a los «*blues*» del asesino, musitó:

—Es una frase estupenda, tía Gladys... Los «*blues*»... para el

muerto.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En «Cyrano de Bergerac», la obra de Rostand, el personaje «Christian», pide ayuda a «Cyrano» para que le escriba cartas a «Roxana», la muchacha a quien ama. El así lo hace. Y ella se enamora de esas cartas, sin saber que su feo, narigudo primo Cyrano, es el hombre que las escribió, ya que solamente al autor de dichas cartas ama ella. < <

[2] Palabra francesa que significa Depósito Judicial, para identificación, de cadáveres. (N. del C.). < <